

Reconciliadora 

Compasiva 

Transformadora 

Profética 

Procuradora
de justicia 

Diaconía Ecuménica

**Chris Fergusson
Ofelia Ortega**

LA DIACONÍA ECUMÉNICA

Reconciliadora, Compasiva,
Transformadora, Profética,
Procuradora de justicia

Chris Fergusson y Ofelia Ortega

© 2006 Consejo Latinoamericano de Iglesias -CLAI-

Producido por el Departamento de Comunicaciones del CLAI

Inglaterra N32-113 y Mariana de Jesús

Casilla 17-08-8522, Quito, Ecuador

Tel: (593-2) 2504377 / 2529933

Fax: (593-2) 2568373

E-mail: nilton@clai.org.ec

Home-page: www.clai.org.ec

Autores: Chris Fergusson y Ofelia Ortega

Revisión de Texto: Susana Cordero

Diseño de portada: Iván Balarezo Pérez

Diseño, diagramación y

coordinación editorial: Amparo Salazar Chacón

Impreso en Ecuador

Enero 2007

1000 ejemplares

CONTENIDO

Introducción	7
Primera Afirmación	15
Segunda Afirmación	24
Tercera Afirmación	33
Cuarta Afirmación	40
Quinta Afirmación	49
Sexta Afirmación	55
Séptima Afirmación	60
Octava Afirmación	63
Novena Afirmación	68

INTRODUCCIÓN

Este cuaderno de estudio busca ofrecer un marco de referencia bíblico y teológico para el trabajo de la diaconía ecuménica (DE) en el Consejo Mundial de Iglesias (CMI).

Esta necesidad es, en parte, fruto del deseo del Grupo sobre Relaciones Regionales y el Compartir Ecuménico (GRRCE) de articular el marco teológico para su trabajo. También es, por otro lado, resultado de la necesidad de articular con claridad la comprensión de la diaconía profética y la relación entre la diaconía y la justicia, particularmente en conexión con el trabajo del Grupo sobre la Justicia, la Paz y la Creación. En un sentido más amplio, existe el imperativo de resaltar las raíces bíblicas y teológicas en la visión holística e integradora del CMI, en medio de la fragmentación y de las falsas divisiones causadas por la globalización.

Subyace a tales necesidades el deseo de una exploración teológica profunda que aborde la centralidad de la diaconía en la vida de las iglesias, y plantee las urgencias del mundo presente y el contexto en el cual la Iglesia está llamada a servir.

Este estudio procura

- Leer los signos de los tiempos
- Escuchar el testimonio de todas las regiones
- Construir a partir de la herencia bíblica y teológica del CMI

Este estudio procura (1) leer los signos de los tiempos, (2) escuchar el testimonio de todas las regiones y (3) construir a partir de la herencia bíblica y teológica del CMI, presentando un marco de referencia bíblico y teológico para la diaconía ecuménica. El estudio ofrece un marco de refe-

rencia unitario que coloca la diaconía en la visión de la única e indivisible misión de Dios. Al mismo tiempo, muestra las raíces bíblicas y teológicas de esas dimensiones específicas de la diaconía que estamos llamados a realizar, cuando buscamos manifestar el amoroso despojarse de sí mismo (*kenosis*) de Cristo, en nuestro testimonio y servicio a todas las personas.

En un breve resumen teológico preparado para el Comité de Programas del CMI, el Grupo sobre Relaciones Regionales y el Compartir Ecu­mé­nico afirmó la dimensión eucarística de la diaconía como aquella que ofrece la restauración de la creación de Dios y busca manifestar el amor de Dios por su creación en la “liturgia después de la liturgia”, es decir, en el servicio al mundo y, en él, de modo especial, a los excluidos y marginados.

El resumen también afirmó que la diaconía y la *koinonía* son inseparables. Tanto la forja de relaciones regionales como el posibilitar el compartir ecuménico contribuyen a ampliar y profundizar el compañerismo ecuménico al resaltar la expresión de la experiencia de la iglesia local y regional en el seno de la familia ecuménica, y al interpretar la situación ecuménica mundial en el nivel regional. Así se busca asegurar la integridad y la coherencia de un mismo movimiento ecuménico en todas las regiones, como expresión de la unidad visible y de la diversidad cultural y confesional de las iglesias.

El Grupo sobre Relaciones Regionales y el Compartir Ecu­mé­nico entiende la diaconía como reconciliadora, compasiva, transformadora, profética y procuradora de la justicia.

A partir de las experiencias y las luchas de la gente y las comunidades, el Grupo sobre Relaciones Regionales y el Compartir Ecu­mé­nico entiende la diaconía como reconciliadora, compasiva, transformadora, profética y procuradora de justicia. Afirma que la diaconía ecuménica alimenta la dignidad humana y favorece la existencia de una comunidad sostenible por medio de las iglesias. La diaconía profética aborda las causas fundamentales de la injusticia, a la vez que se dirige al sufrimiento y quebranto de los seres humanos, buscando respuestas sostenidas y de largo aliento a sus necesidades y desafíos más urgentes. Esta diaconía po-

ne énfasis en el empoderamiento de las regiones y el fortalecimiento de sus capacidades para contribuir a la construcción de la *oikoumene* y del servicio cristiano. Esta diaconía incluye la participación en las continuas luchas por un compartir justo y proporcionado de los recursos. Tal compartir, a su vez, pone énfasis en la mutua responsabilidad de las iglesias y agencias ecuménicas, y en su obligación de rendir cuentas, y ha de enlazarse con la justicia para contribuir a la existencia de un “círculo de empoderamiento” tal, que “todos tengan vida en abundancia” (Juan 10, 10) y compartan la visión bíblica según la cual “se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien les infunda temor” (Miqueas 4, 4).

Esta diaconía incluye la participación en las continuas luchas por un compartir justo y proporcionado de los recursos. Tal compartir, a su vez, pone énfasis en la mutua responsabilidad de las iglesias y agencias ecuménicas, y en su obligación de rendir cuentas, y ha de enlazarse con la justicia para contribuir a la existencia de un “círculo de empoderamiento” tal, que “todos tengan vida en abundancia” (Juan 10, 10) y compartan la visión bíblica según la cual “se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien les infunda temor”. (Miqueas 4, 4).

Estas afirmaciones tienen como fundamento las ricas reflexiones que han marcado desde sus orígenes la vida del Consejo Mundial de Iglesias y se basan, asimismo, en las numerosas consultas sobre diaconía y sobre el compartir ecuménico de los recursos, realizadas en los últimos treinta y cinco años. Lárnaca, El Escorial, Seúl, y las múltiples definiciones y lineamientos que fluyeron desde esos y otros eventos y hacia ellos, conjuntamente con el trabajo de las Unidades del CMI y las reuniones de su Comité Central y asambleas han contribuido a configurar el marco de las afirmaciones recogidas en este estudio, cuyo enfoque es teológico e integrador. La idea fundamental es reflexionar respecto de las bases teológicas y bíblicas que procuren una emergente comprensión de la diaconía ecuménica en el contexto mundial.

La diaconía es esencial y fundacional para la vida en la fe. La existencia de una comunidad de iglesias sería imposible de imaginar sin el servicio compasivo y la solidaridad por todos y todas, como expresión del amor de Dios.

Este estudio está basado en la afirmación teológica de que un contexto mundial cambiante requiere de una respuesta contextualizada.

Nuestra comprensión de la diaconía tiene que estar conformada por la cambiante situación mundial.

Este estudio busca reconocer, tanto la naturaleza contextual de la diaconía ecuménica, como su creativa diversidad.

Este estudio está basado en la afirmación teológica de que un contexto mundial cambiante requiere de una respuesta debidamente contextualizada. Nuestra comprensión de la diaconía tiene que surgir desde la cambiante situación mundial, pues Dios está presente y actúa en situaciones históricas específicas. Existe una rica herencia bíblica y teológica de reflexión y acción ecuménica que, a su vez, ha sido moldeada por la cambiante y a veces desesperada situación de un mundo donde la vida se encuentra amenazada. Al mismo tiempo, existen muchas iglesias valerosas y creativas que dan testimonio de servicio y solidaridad en cada región y en un sinnúmero de situaciones locales. Este estudio busca reconocer, tanto la naturaleza contextual de la diaconía ecuménica, como su creativa diversidad. Paralelamente, existe la necesidad de una visión global que exprese los puntos de anclaje bíblicos y teológicos para una diaconía global que verdaderamente responda a la amenaza planetaria contra la vida, sin que ello signifique sofocar la diversidad ni el valor de los contextos y culturas específicas que constituyen un don de Dios. Este marco de referencia bíblico teológico busca ser, a la vez, conceptual y contextual, y para ello se nutre de las luchas y testimonios cotidianos de las iglesias en las distintas regiones del mundo.

Este estudio afirma que existe un vínculo directo entre nuestro marco teológico de referencia y nuestra práctica de la diaconía ecuménica. La práctica real de la diaconía cuando acompañamos a nuestras comunidades en sus luchas, moldea nuestra comprensión teológica y la desafía, al mismo tiempo. La diaconía nos sumerge en el quebranto y el sufrimiento del mundo. Regresamos entonces a la Biblia y a la reflexión teológica con nuevas preguntas, y abiertos a recibir nuevas intuiciones y conoci-

mientos. Las afirmaciones de este estudio reconocen que hay una gran diversidad de prácticas diaconales, así como distintas formas de entender la diaconía en el seno de la familia ecuménica. Frente a tal diversidad, estas afirmaciones propician el contexto para un diálogo teológico.

Basándonos en las experiencias de lucha de la gente y de las comunidades en las distintas regiones, afirmamos en este estudio una comprensión bíblica de la diaconía como reconciliadora, compasiva, transformadora, profética y procuradora de justicia.

Por otro lado, el estudio afirma la existencia de un sólido consenso en el sentido de que nuestra fe nos lleva a la acción, que esa acción busca producir el cambio y enfrentar decididamente las causas profundas del sufrimiento y la injusticia. La diaconía ecuménica capacita y posibilita el que las personas sean agentes de su propia transformación y desarrollo. La Iglesia misma resulta transformada a través del servicio que ofrece al mundo.

En este contexto, el estudio afirma que la diaconía ecuménica está centrada en la gente y requiere la construcción de relaciones justas, a la vez que promueve el compañerismo y el compartir mutuo. En un contexto donde el poder está distribuido desigualmente, incluso dentro de la misma familia ecuménica, el estudio afirma el imperativo bíblico de compartir y distribuir con justicia los recursos.

Este marco de referencia bíblico y teológico también afirma que la diaconía ecuménica y holística presta atención a la sanación y a los elementos que posibilitan la reconstrucción de la vida humana. Aquí se ofrecen, al lado de los dones espirituales de la oración y la consolación, las dimensiones sociales de la sanidad, la reconciliación y la reconstrucción de las comunidades y las naciones. El contexto actual nos desafía a atrevernos a crear una diaconía inter-confesional e interreligiosa, en beneficio del conjunto de la *oikoumene*.

Encontramos aquí aquellas afirmaciones bíblicas y teológicas que brotan de la profunda convicción de que la diaconía es intrínseca a nuestra fe y nuestro discipulado, y que la diaconía en la fe asume seriamente la urgencia y la complejidad del contexto presente y busca abordar las causas fundamentales de la injusticia y el sufrimiento.

El estudio está basado en nueve afirmaciones que agrupan los temas planteados en la introducción. Cada afirmación es presentada y discutida con un enfoque bíblico y teológico.

El estudio está basado en nueve afirmaciones que agrupan los temas planteados en la introducción. Cada afirmación es presentada y discutida con un enfoque bíblico y teológico. Se ofrecen, además, ejemplos, desafíos e ilustraciones de una variedad de regiones y contextos locales. Estas afirmaciones no constituyen otro intento de hacer un inventario sobre las características de la diaconía, ni pretenden sugerir definiciones de la diaconía como tal; buscan, más bien, presentar los frutos de un consenso que ha venido creciendo con el tiempo, y mostrar sus raíces bíblicas y teológicas de manera integrada y amplia.

Cada afirmación está relacionada con la otra y por ello se produce cierta redundancia entre ellas, que es, a la vez, deliberada e inevitable. Estas afirmaciones se ofrecen como las hebras para el tejido de un marco de referencia holístico, unitario, amplio e integrador para la diaconía ecuménica.

Nueve afirmaciones bíblicas y teológicas para la diaconía ecuménica en medio de la globalización.

- La diaconía ecuménica tiene que responder a nuestros contextos locales y mundiales.
- La diaconía ecuménica es un llamado a participar en la misión de Dios.
- La diaconía ecuménica es una diaconía profética.
- La diaconía ecuménica es transformadora y busca la justicia.
- La diaconía ecuménica es inseparable de la koinonía.
- La diaconía ecuménica es una diaconía global y es para todas las personas y el conjunto de la creación.
- La diaconía ecuménica es esencialmente sanación, reconciliación y reconstrucción.
- La diaconía ecuménica tiene que ver con la construcción de relaciones justas, con el compartir y el compañerismo.
- Se nos llama a unirnos en la misión de Dios en una diaconía compasiva, reconciliadora, transformadora, profética y que busca la justicia.

PRIMERA AFIRMACIÓN

La diaconía ecuménica tiene que responder a nuestros contextos locales y mundiales

Comenzamos con esta afirmación porque nos obliga a describir específicamente nuestros contextos presentes y, por lo tanto, a identificar la forma particular que debe adoptar la diaconía ecuménica a fin de responder fielmente a esos contextos.

El énfasis en la dimensión profética, por ejemplo, responde directamente a las experiencias de aquellas iglesias que acompañan las luchas contra las injusticias sistémicas en nuestro contexto actual. Otra dimensión específica de nuestra realidad consiste en reconocer la esencial interrelación entre los contextos locales, regionales y mundiales o globales.

Nuestra comprensión de la diaconía tiene que estar moldeada por la cambiante situación mundial.

Comenzaremos con la afirmación teológica según la cual nuestra comprensión de la diaconía tiene que estar moldeada por la cambiante situación mundial. Atestiguamos que Dios está presente y actuante en situaciones históricas específicas. La Biblia da testimonio de las acciones salvíficas y redentoras de Dios en respuesta a situaciones concretas de opresión y dominación. El ministerio y la vida de Jesús se dirigieron específicamente a las necesidades generadas por realidades espirituales, religiosas, psicológicas, sociales, económicas, políticas y militares específicas.

La encarnación constituye la irrupción misma de Dios en un contexto humano específico. Es el mundo el que establece la agenda para nuestro servicio de entrega y amor por el prójimo. La acción del Buen Samaritano fue una respuesta específica a las realidades de su contexto.

Las complejidades del mundo exigen de nosotros ejercer nuestros ministerios de servicio con clara conciencia de las realidades sociales, políticas, económicas, militares, ecológicas, religiosas y espirituales de nuestro contexto.

Un servicio fiel y verdadero requiere de una comprensión adecuada de nuestros contextos, tanto del contexto local como global. Tenemos que comenzar como lo indicó Jesús, es decir, “leyendo los signos de los tiempos”. El testimonio bíblico está fundamentado y enraizado en el amor de Dios que se manifiesta en nuestra historia. Se nos ha llamado a ser “mansos como palomas y astutos como serpientes”. Las complejidades del mundo exigen de nosotros ejercer nuestros ministerios de servicio con clara conciencia de las realidades sociales, políticas, económicas, militares, ecológicas, religiosas y espirituales de nuestro contexto. Sin una lectura clara del contexto, podemos hacer más mal que bien. Podemos perder la oportunidad de ayudar a aquellos que están realmente necesitados. Podemos incluso fortalecer el mismo sistema que produce la miseria y que estamos combatiendo.

La Iglesia como *Cuerpo de Cristo* está llamada a valorar todas las partes de este *Cuerpo*. Necesitamos conectar nuestra realidad con la realidad de los otros para comprender el todo y discernir dónde y cómo nos llama Dios a servir. Pablo nos recuerda que, cuando “una parte del cuerpo sufre, todo el resto sufre con ella”. Necesitamos escuchar las voces de las regiones de todo el mundo para ver claramente nuestro contexto, para relacionar nuestros contextos locales con la perspectiva global. El énfasis del Consejo Mundial de Iglesias sobre el Evangelio y la Cultura nos ha ayudado a ver y valorar la manera en que Dios trabaja en culturas diferentes y a través de ellas.

Un poderoso testimonio de la contextualización es la existencia de los cuatro evangelios: cuatro testimonios de una misma y única verdad de las Buenas Nuevas, cada uno expresado en un contexto específico, cada uno dirigido a a un grupo específico.

¿Cuál es, entonces, nuestro contexto global y en qué forma configura las demandas para la diaconía ecuménica?

Después de la Asamblea General de Harare, uno de los cuatro temas que da expresión al Consejo Mundial de Iglesias como una comunidad de iglesias es el de “testimonio y servicio en medio de la globalización”.

La globalización es una realidad compleja con muchos efectos y consecuencias, y si bien reconocemos que algunos ven beneficios positivos en ella, una multitud de voces alrededor del mundo dan testimonio del hecho de que la globalización se experimenta, predominantemente, como un proceso que excluye, margina y fragmenta a las comunidades.

Un documento fruto de la “Conferencia Global sobre la Globalización Económica: la Isla de la Esperanza”, realizada en Fiji en 2001, describe el impacto de la globalización *económica* como sigue:

“En medio del incremento de rápidos y plenos avances tecnológicos y de las exportaciones orientadas al crecimiento (devaluación, zonas de exportación, etc.) encontramos una profundización de la pobreza y del desempleo (“crecimiento del desempleo”), una desigualdad intolerable, la destrucción de los sistemas en los que se sustenta la vida y una continuada exclusión y marginación. El número de pobres absolutos en el sur de Asia se ha duplicado en menos de tres décadas. Aunque la pobreza ha disminuido en Asia Oriental, el número de pobres absolutos es de unos 278 millones, una cantidad superior a la población de Estados Unidos.

“África y sus pueblos ejemplifican el caso extremo de exclusión y penuria. La degradación ambiental ejerce una presión adicional sobre las comunidades pobres. En África existe una enorme población en sufrimiento. La situación se agrava aún más por la epidemia de VIH y SIDA. La cifra de personas que ganan menos de un dólar por día supera los 1.5 billones de personas de entre las cuales, las mujeres constituyen el 70%. También en los países in-

dustrializados la gente está siendo víctima, de manera creciente, de la globalización económica...

“Mientras que los países en desarrollo se hunden más y más profundamente en la deuda, el valor de las transacciones de capital financiero desvinculadas de la producción supera los 600 trillones anuales. Este juego continúa, a pesar de que la crisis del Asia Oriental todavía no terminó, y de que países como Argentina, Turquía, Brasil, Colombia, Perú e Indonesia enfrentan serias crisis relacionadas con el intercambio extranjero y la deuda...”

“El flujo de capital del Sur al Norte en razón del pago de la deuda, las regalías, el robo de cerebros y el intercambio desigual en el comercio alcanza los 500 billones [...] Por intermedio de su poder de veto y su control, Estados Unidos y otros países del G7 manejan el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial en una forma substancial [...] en su calidad de superpotencia militar y con el apoyo político del G7, Estados Unidos es virtualmente el gendarme del planeta y controla el imperio del capital financiero [...] ello constituye el telón de fondo de la crisis de gobernabilidad que enfrentan los Estado-nación hoy [...] al reducir los gastos en educación, salud o seguridad social, o abdicar de su responsabilidad respecto de las utilidades públicas [...]

“La juventud se ve particularmente afectada [...] Las mujeres son las víctimas principales de la globalización, lo mismo en el Norte que en el Sur [...]

“Los devastadores efectos sociales vienen acompañados por la destrucción del medio ambiente [...]

Este severo y multifacético cuadro muestra las voces de los participantes que representaron a 29 países y contextos diferentes. Incluso con todos esos detalles, no llegan a describirse en él todos los impactos de la globalización económica y mucho menos los rostros de violencia y las amenazas a la vida que caracterizan nuestro contexto global. Las enfermedades, particularmente la pandemia del VIH/SIDA, amenazan las vidas y el futuro de todo un continente y continúan expandiéndose a escala planetaria.

A la rapaz destrucción y dominación de un sistema global económicamente injusto, debemos añadir el peso de un control militarizado global a partir del 11 de septiembre. Un país, apoyado por sus aliados, pretende dictar los términos de la política mundial para todo el planeta y ha repudiado el derecho internacional, en favor de la ley del más fuerte. En este contexto, tenemos que hacer referencia a la persistente realidad de la violencia interreligiosa en un mundo nuevamente polarizado. La llamada “guerra contra el terror” sirve ahora para justificar la dominación virtual del planeta. Algunos han calificado esta situación de “golpe de estado global”.

Es difícil hacerse cargo de la amplitud y urgencia de esta situación. Es algo prácticamente increíble. Cuando miramos en torno nuestro a través de los ojos de aquellos que sufren, es difícil aceptar que nosotros mismos tenemos que ver con todo esto. Que algunos de nosotros permitimos que todo esto ocurriera.

Vemos incontables amenazas a la vida y un deterioro constante de la existencia en todas sus formas. Si tuviéramos que identificar un denominador común para este conjunto de circunstancias, lo llamaríamos “*desprecio* por la vida del otro”. El “otro”, nuestro prójimo en términos bíblicos, es ignorado social y políticamente, económicamente excluido o subyugado sexualmente. Si el “otro” no es sujeto de explotación, entonces, simplemente, no existe.

Al mismo tiempo, es difícil evitar la sensación de que aquellos que tienen el control del mundo están conduciendo la humanidad a las cadenas de la más brutal explotación organizada internacionalmente. Nunca fue tan evidente el hecho de que unos pocos viven bien a expensas de las vidas y la dignidad de la mayoría. Las situaciones de pobreza y deshumanización que nos asustaban treinta años atrás son peores hoy y continúan cayendo en lo que parece a todas luces un abismo insondable.

Cuando decimos que el mundo establece la agenda para la diaconía ecuménica, afirmamos que nuestro servicio a nuestros prójimos en el contexto de un desprecio sistémico por la vida tiene que hablar a la totalidad de nuestro contexto. No podemos servir localmente ignorando el contexto global o desvinculados de él, sabiendo que cada situación local está moldeada por el impacto de las fuerzas globales descritas en los párrafos precedentes. Tampoco podemos responder solamente desde la fe

a las realidades sistémicas y globales, sin una auténtica compasión por aquellos que sufren y por quienes se atreven a crear islas de esperanza en un océano mundial de desesperanza.

Los signos de los tiempos revelan mucho más que la realidad de un mundo en peligro. La vastedad de las amenazas a la vida y la dominación sistémica configuran los contornos de la sociedad humana y del planeta. Muchos creen que esta nueva realidad tiene que entenderse como la emergencia de un nuevo imperio. En tiempos del Imperio Romano, el imperio tenía muchos aliados y estados-clientes; regía militar, política, social, religiosa y económicamente. Y, algo por cierto sumamente chocante, el Imperio Romano prometió y realizó, según su propia definición, la paz mundial: la *Pax Romana*. El nuevo imperio es más complejo. La dominación del mercado globalizado y de las fuerzas del capital especulativo y las corporaciones transnacionales, sumadas al poder militar y político de Estados Unidos constituyen una nueva manifestación de ese “imperio”. Éste, no obstante, parece y actúa como un imperio. No todos estarán de acuerdo con esta “lectura” de los signos de los tiempos. Pero cualesquiera sea nuestra perspectiva, es imperativo que aceptemos la nueva realidad de una sola y única superpotencia que reúne los poderes económico, político, religioso y militar en defensa de sus propios intereses y de los de sus aliados.

Muchas voces en el mundo denuncian hoy a un mercado que se presenta a sí mismo como un dios, exigiendo sacrificios humanos y obediencia, solicitando adoración y confianza a cambio del bienestar económico. El imperio ha extendido su presencia incluso a la esfera de lo religioso. La consulta de iglesias de Europa central y oriental realizada en Budapest en junio de 2001, nos llamó a servir a Dios y no a Mamón, a resistir y a oponernos a los valores y atribuciones del mercado. Hay un notable grupo de comunidades que nos llaman asimismo a rechazar la falsa paz del mercado y la falsa paz del imperio. En términos bíblicos y a partir de sus propias experiencias, esas comunidades nos advierten que no debemos gritar “paz, paz, cuando no hay paz”; y nos advierten contra aquellos que “atienden con ligereza las heridas de mi pueblo”, en contraste con un Dios que “escucha el clamor de su pueblo”. El desafío y la lucha fundamental para las iglesias en su vida y en su servicio consisten en cómo vivir en el contexto de un imperio que amenaza la vida y al mismo tiempo promete la paz. La mayor de todas las tentaciones que afectan directa-

mente nuestra opción para la entrega y el servicio a nuestros prójimos es la de creer que la *Pax Romana* (Americana) puede coexistir con la *Pax Christi*.

El *shalom* o la paz de Cristo es la paz de una vida abundante fundamentada en el respeto al conjunto de la comunidad de vida. Esa paz promueve una cultura del cuidado mutuo y del compartir, basada en la justicia. Sus valores son un reflejo del cuidado de Dios por la creación y de las enseñanzas de Cristo de amarnos los unos a los otros y hacer justicia a los pobres, parafraseando una afirmación de la mencionada Conferencia Global sobre la Globalización Económica: la Isla de la Esperanza.

La lectura de los signos de los tiempos reafirma por qué la diaconía ecuménica no puede ignorar las causas fundamentales del sufrimiento de aquellos a quienes busca servir. La diaconía no puede desvincularse de la paz, la justicia y la transformación. El reinado de Dios se presenta en total y abierta contradicción con la *Pax Romana*.

La lectura de los signos de los tiempos reafirma por qué la diaconía ecuménica no puede ignorar las causas fundamentales del sufrimiento de aquellos a quienes busca servir. La diaconía no puede desvincularse de la paz, la justicia y la transformación. El reino de Dios se presenta en total y abierta contradicción con la *Pax Romana*. Jesús vino a servir y no para ser servido y dio su vida para rescatar a muchos: su servicio amoroso ocurrió siempre en el contexto del anuncio e introducción del reino de Dios, que se levanta en radical contraste con la *Pax Romana*. El reino de Dios se presenta como una alternativa al *reino* del desprecio por la vida de nuestros hermanos y hermanas y del planeta.

La consulta sobre diaconía realizada por el Consejo Mundial de Iglesias en Lárna­ca en 1986, afirmó con mucha fuerza el testimonio de la iglesia local en la diaconía. Ello constituye una afirmación de la necesidad de honrar la diversidad de los contextos, como la de los temas específicos que deben ser abordados. Esa afirmación también reconoció la contribución al todo que proviene de cualquiera de los miembros del cuerpo y de todos ellos. Es, además, un reconocimiento de que se puede resistir

a las fuerzas sistémicas y globales que amenazan la vida y derrotarlas, mediante acciones de pequeña escala que abren espacios para la vida y construyen islas de esperanza. Frente a la realidad del imperio y del exilio, en su carta a los hebreos exiliados, Jeremías les exhorta a actuar en su contexto, a buscar la paz de la ciudad en la que habitan (Jer. 29).

Otro testimonio de la diversidad de la diaconía ecuménica es la reaparición de la práctica diaconal por parte de las iglesias ortodoxas en la Europa oriental. Un nuevo contexto ha permitido la renovación del ministerio diaconal en esas iglesias.

Nuestro contexto se estremera con muchos otros testimonios de esperanza contra toda esperanza. Frente a un sistema que destruye las comunidades, las iglesias y las comunidades locales defienden, afirman y anuncian que la solidaridad y el amor entre los seres humanos son valores centrales de la vida.

El documento de la “Conferencia Global sobre la Globalización Económica: la Isla de la Esperanza” comparte los testimonios de gente que, alrededor del mundo, ofrece una visión alternativa y reafirma el llamado a amar y servir a los demás. Nuestro contexto está fecundado con el don divino de la esperanza en el poder de la resurrección, y en tal contexto recibimos el testimonio de esperanza y de valor de aquellos que luchan por una vida con dignidad. Sus testimonios muestran la realidad de la aflicción en la situación actual, así como el poder y la fuerza del amor que se ofrece en el servicio.

Tomar el contexto seriamente significa escuchar y responder a las voces específicas y diversas, y asegurar que nuestra visión del conjunto aprecia y valora profundamente todas esas voces.

Las voces y experiencias de las distintas regiones enriquecen y moldean nuestra comprensión de la diaconía ecuménica. El contexto global no puede comprenderse solo a partir de un punto de vista o de una situación social particular. Hay teologías contextualizadas de la diaconía y tienen que seguir existiendo; a la vez, la comprensión y la práctica de la

diaconía en los diferentes contextos tienen que ser consideradas a la hora de conformar una visión ecuménica común de la diaconía.

La visión holística de “islas de esperanza” —en el entendimiento de que la Tierra incluye la gente, el planeta, el mar y todos los recursos—, no es significativa únicamente para el Pacífico: es un don para todos los seres humanos y todas las regiones. *Tomar seriamente el contexto* significa escuchar y responder a las voces diversas y específicas y asegurar que nuestra visión del conjunto valora profundamente todas esas voces. Esto significa estar dispuestos a escuchar la voz de los excluidos y a prestar especial atención a aquellos marginados cuyo sufrimiento no se toma en cuenta en este mundo, marcado por el desprecio a la vida de los demás.

“Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos [...] estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos”. (2 Corintios 4, 1, 8-9)

SEGUNDA AFIRMACIÓN

La diaconía ecuménica es un llamado a participar en la misión de Dios (*Mission Dei*)

Origen y significado de la palabra “diaconía”

“Diaconía” es palabra proveniente del griego que significa *servicio*. En el Nuevo Testamento encontramos el verbo “diakonein” que quiere decir “servir”, principalmente en las mesas. Así, originalmente, este término no tenía connotación religiosa específica pues en sentido amplio se empleó para referirse al trabajo de los esclavos y sirvientes en el hogar, mas, con el paso del tiempo, la palabra llegó a designar un concepto fundamental del Nuevo Testamento, al describir la participación de cada creyente en la vida de la Iglesia. La razón por la cual el término ‘diaconía’ adquirió tal importancia radica en el hecho de que Jesús se presentó a sí mismo como un “siervo”. “Porque el Hijo del Hombre vino, no para ser servido sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10, 45). A partir de entonces, la Iglesia ha mantenido esta palabra griega para designar un concepto teológico y cristoc ntrico fundamental.

Sin embargo, el significado de la palabra sufrió algunos cambios a lo largo del tiempo. Las diferentes generaciones sintieron la necesidad de interpretar la “diaconía” en función del contexto y de la situación social de su época. Por tanto, no estamos, al respecto, en presencia de una tradición con una interpretación establecida de una vez y para siempre en el pasado. También a nosotros se nos impone la necesidad de reinterpretarla, lo cual representa un desafío en nuestro mundo actual.

La diaconía es, por tanto, la denuncia de lo malo y el anuncio de un proyecto más humano y más cristiano, que concierne al conjunto de las relaciones entre la humanidad, la naturaleza y la sociedad, así como a la interdependencia mutua entre los individuos.

La diaconía encuentra su identidad y su motivación en la fe cristiana. Ello deriva del hecho de que Jesucristo, el Siervo de Dios enviado al mundo, constituye la más plena realización del proyecto arriba mencionado.

La diaconía ecuménica como amor a la vida

El llamado a participar en la misión de Dios nos lleva a trabajar como co-creadores, con la firme convicción de que todas y todos pueden tener una vida plena y abundante (Juan 10, 10). Para ser verdaderos colaboradores, los participantes tienen que asemejarse al Creador en dos importantes aspectos: en la compasión y en la renuncia o en el despojarse a sí mismo (*kenosis*) de Dios, representada por el sacrificio de Cristo en la cruz.

Todas y cada una de las actividades de la comunidad cristiana en la evangelización: la diaconía, la lucha por la dignidad humana, la sanidad, la paz y la justicia, pertenecen a la sola e indivisible misión de Dios.

Es importante para nosotros comprender que, sin la compasión concreta y cristológica y sin el sufrimiento compartido con el mundo, el esfuerzo misionero de la Iglesia como un cuerpo de co-creadores no será efectivo en el sentido establecido por la *Gran Comisión*.

Dos hechos esenciales de la diaconía:

Primeramente, el servicio y la solidaridad no son separables de la misión y el testimonio.

En segundo lugar, la misión de Dios se expresa en la promesa vivificante de una vida abundante para todos los seres humanos y para toda la creación.

En esta relación, dos hechos son esenciales cuando consideramos la diaconía ecuménica. Primeramente, que el servicio y la solidaridad no son separables de la misión y el testimonio. En segundo lugar, que la misión de Dios se expresa en la promesa, centrada en la vida, de una vida abundante para todos los seres humanos y para toda la creación. Los pueblos indígenas de todas las regiones del planeta dan testimonio del carácter sagrado de la Tierra y de la inseparable conexión entre la vida de la humanidad y la vida de la Tierra.

Estos importantes conceptos bíblicos y teológicos constituyen el fundamento de la adhesión del Consejo Mundial de Iglesias a una teología de la vida, donde la Tierra misma es parte de la comunidad que está incluida en la visión divina del *shalom*.

La teología de la vida implica la defensa de la vida mediante el respeto y realización de los derechos humanos en los ámbitos político, social, económico, cultural y ecológico...

Una vida en abundancia incluye la experiencia del disfrute estético, el desarrollo de la creatividad y la salvaguarda de la dignidad de cada ser humano.

La teología de la vida implica la defensa de la vida mediante el respeto y realización de los derechos humanos en los ámbitos político, social, económico, cultural y ecológico, y está basada en la idea fundamental de que la misión de Dios consiste en proveer de vida abundante a todos los seres humanos y al conjunto de la creación. Por esto, esta teología se desarrolla sobre la base de una opción radical en defensa de la vida abundante, tanto en sus dimensiones materiales como espirituales. En esta perspectiva, una vida en abundancia incluye la experiencia del disfrute estético, el desarrollo de la creatividad y la salvaguarda de la dignidad de cada ser humano.

Una declaración similar fue realizada por la consulta Ortodoxa de Chania en 1978. La consulta abogó por una comprensión bíblica y teológica de la diaconía según la cual “todas las formas de la diaconía están relacionadas con la Creación y enraizadas en la vida de la Trinidad”.

La diaconía ecuménica como el amor al prójimo

El servicio cristiano no separa el amor a Dios del amor al prójimo.

El servicio cristiano considerado como diaconía no separa el amor a Dios del amor al prójimo. El fundamento para la diaconía es el amor sacrificial expresado en la renuncia de sí mismo (*kenosis*) que hace Cristo. Esta contribución Ortodoxa a la comprensión del llamado inalienable al servicio y al compartir, puede resumirse de la siguiente forma:

Es una consecuencia directa del servicio de Cristo, quien no vino para ser servido sino para servir y a dar su vida en rescate por muchos.

Es una derivación de la divina liturgia, en la cual Cristo santifica nuestras ofrendas.

Como en la eucaristía, *es una expresión de la unidad de la iglesia como el cuerpo de Cristo* ofrecido tanto por las necesidades espirituales como materiales del mundo entero.

No es una opción más, sino la *expresión indispensable de una comunidad que tiene su fuente en la liturgia.*

Es la liturgia después de la liturgia, que contiene todos los temas de adoración en el servicio activo.

Es una ofrenda, en la forma de limosnas y dádivas, para la totalidad de las necesidades humanas.

Libera a la humanidad de la pobreza, de la opresión y de la penuria que son obstáculos para la salvación.

El propósito último de la diaconía es la salvación de los seres humanos.

Además, el propósito final de la diaconía es la salvación de los seres humanos. Es evidente que la pobreza, la opresión y la penuria material

constituyen con frecuencia un obstáculo que pone en riesgo la salvación de los seres humanos, como enseñaron en su tiempo los apóstoles y los Padres de la Iglesia.

“Tú veneras el altar de la Iglesia cuando sobre él desciende el cuerpo de Cristo, pero desprecias al otro que es el cuerpo de Cristo, y permaneces indiferente ante aquel que muere de hambre”. (San Juan Crisóstomo).

La diaconía es liberación para la salvación. Significa la liberación de la humanidad de todo aquello que la oprime y la esclaviza y de cuanto distorsiona la imagen de Dios.

En consecuencia, la diaconía hace suya la necesidad de liberar a la humanidad de todo aquello que la oprime y la esclaviza y de cuanto distorsiona la imagen de Dios; así, abre el camino hacia la salvación. En este sentido, la diaconía es *liberación para la salvación*.

Necesitamos desarrollar una visión del futuro con formas distintas de hablar y de actuar para expresar las nuevas posibilidades sociales de transformación comunitaria en los términos de los necesitados. Debemos escuchar el llamado de Dios a entrar de nuevo en el dolor del mundo y en la posibilidad de renovación y salvación.

La diaconía ecuménica como lucha por la paz y la justicia

En la diaconía ecuménica “la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron”. (Salmo 85, 10).

Nuestra actividad misionera ocurre en tiempos de separación y desunión, en los cuales el contexto de pobreza, de guerras, desempleo y exclusión es común para todos. La paz y la reconciliación constituyen elementos esenciales de la misión de Dios para el mundo. El Salmo 85, 10 proclama la unidad entre la paz y la justicia, entre la compasión y las re-

laciones justas: la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron. La paz y la justicia son inseparables, juntas constituyen la visión del mundo que Dios desea para nosotros.

De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en Él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna (Juan 3, 16).

En esto hemos conocido el amor, en que Él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? (1 Juan 3, 16-17).

Por estas razones, vale la pena mencionar la preocupación expresada en el informe oficial del Tercer Congreso Latinoamericano de Evangelización (CLADE III) realizado en Quito, Ecuador, en 1992: “Algo está mal con nuestra eclesiología si aspiramos a construir grandes templos para albergar a *megaiglesias*, pero cerramos nuestros ojos ante las *megabarriadas pobres*”. Algo está mal con nuestra eclesiología si predicamos Juan 3, 16 y nos olvidamos de 1 Juan 3, 16 y 17.

Que Dios haya escogido manifestarse en la historia a través del Crucificado es especialmente significativo para la fe cristiana. Este Crucificado es la víctima inocente por excelencia. Para ponerlo en palabras de 1 de Pedro 2, 7: “la piedra que los edificadores desecharon”.^[1] Dos hechos destacan en la crucifixión, acontecimiento central para nuestra fe cristiana:

- Por un lado, en tanto que víctima inocente, el Jesús crucificado es, ante Dios y ante toda la humanidad, representación de todas las víctimas inocentes.
- Por otro, en tanto que Hijo de Dios en la fe cristiana, Él es también la representación de Dios en los acontecimientos de la historia humana.

[1] “Para vosotros, pues, los que creéis, Él es precioso. En cambio, para los que no creen: ‘La piedra que los edificadores desecharon ha venido a ser la cabeza del ángulo’”. (1 Pedro 2, 7)

En el corazón mismo de la teología cristiana aparece un Dios solidario, en solidaridad con las víctimas de la historia. En esta perspectiva, una interpretación teológica analiza el hecho de la cruz como *un acto divino de solidaridad* con los excluidos y las víctimas inocentes de la historia.

El concepto bíblico y teológico del Dios-justicia está estrechamente relacionado con el otro de Dios-misericordia.^[2] La misericordia de Dios alcanza a todos los seres humanos, tanto a las víctimas como a los victimarios. En realidad, aunque en la Biblia encontramos algunos textos con la expresión “la venganza es mía, dice el Señor”,^[3] es la misericordia la que ocurre y se manifiesta en la práctica con todas las personas. Si la Biblia enfatiza en que la venganza pertenece a Dios y no a los seres humanos, lo hace para romper el eterno ciclo de revanchas que ocurre en civilizaciones particulares y en el conjunto de la civilización globalizada.

Vale la pena señalar que la justicia de Dios es sorprendentemente extraña en el sentido de que no condena a los perpetradores, a los asesinos. Esto resulta difícil de comprender ante ciertas realidades concretas, especialmente cuando caminamos entre los cuerpos sin vida de víctimas inocentes en Nueva York o Afganistán, para mencionar apenas dos ejemplos.

Si consideramos la lógica de las civilizaciones antes mencionadas, que operaba bajo la influencia de ciertos mitos, no existe alternativa mejor que intervenir y destruir de una vez y para siempre el círculo de sacrificios o de la venganza infinita, mediante el perdón sin límites, aquel que perdona “setenta veces siete”. Seres humanos de carne y hueso son víctimas de un sistema cuya lógica demanda la guerra o la revancha para hacer la justicia, o para traer “paz y salvación”. Para redimirnos del “pecado estructural”, el apóstol Pablo propone la justicia de Dios como un medio para salvarnos de la ley del pecado y de la muerte.

La justicia de Dios no permite justificación alguna de los crímenes y, en cambio, hace una propuesta que consiste en la transformación y la reconciliación de la humanidad a través del perdón. Dios hace esto en be-

[2] Véase, en este mismo estudio, la sección *La diaconía ecuménica es profética*.

[3] “Mía es la venganza y la retribución; a su tiempo su pie resbalará” (Deut. 32, 35a); “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor”. (Rom 12, 19).

neficio de las víctimas y para que no se cometan más crímenes. El perdón del Dios de justicia es gratuito pero no barato, porque tras él hay un proyecto humano motivado, primera y fundamentalmente, por el propósito de poner fin a un sistema de justicia basado en la venganza infinita y para crear una nueva humanidad justa, misericordiosa y rica en solidaridad; mas ese perdón no esconde la intención de ser tolerante con el crimen.

La diaconía ecuménica como propagación del Evangelio

Finalmente, en razón de su relación integral con el mundo, la Iglesia nunca trabajará como si fuera el soldado temeroso que protege las fronteras, sino como alguien que trae buenas nuevas. “En cuanto a mi, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma”. (Romanos 1, 15).

La misión es una invitación al futuro de Dios. La misión significa *missio Dei*, es decir, “enviado de Dios”.

El Espíritu de Dios –el Espíritu dador de vida– fue enviado a este mundo a través de Cristo.

Así, tenemos que entender la misión como invitación al futuro de Dios, como actualización del evangelio y de la esperanza, y de la “diaconía del amor”. En el sentido original de la palabra, *misión* significa *missio Dei*, es decir, “enviado de Dios”. Según la concepción bíblica (tanto judía como cristiana), el Espíritu de Dios fue enviado a este mundo por intermedio de Cristo. Este es el Espíritu que da vida y por eso se le llama “el Espíritu de vida”, o “la Fuente de la vida”. El Evangelio de Juan define con una palabra: “vida”, lo que Dios trae al mundo por medio de Cristo: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14, 19).^[4]

[4] “Todavía un poco, y el mundo no me verá más, pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis”. (Juan 14, 19).

El envío de Dios no es antropocéntrico, sino biocéntrico.

Esto significa una vida plena, comunitaria, eterna, abundante. Esa fuerza vital de Dios será, de acuerdo con el mensaje profético, “derramada sobre toda la humanidad”, es decir, sobre todas las cosas vivas (en el lenguaje del Antiguo Testamento). El envío de Dios no es antropocéntrico, sino biocéntrico. No se trata del dominio político o religioso del mundo por los seres humanos. Tampoco se trata de la salvación exclusiva de las almas humanas. Se trata de la liberación, la salvación y la redención de la vida en general. La meta es la *“recreación de toda la creación”*.

Jesús no solo trajo una nueva religión al mundo, sino también una nueva vida. Él trajo esa nueva vida a este mundo de violencia. (1 Juan 1, 1-2).^[5]

Cristo es la salvación divina de la vida, la curación del enfermo, la aceptación del marginado, el perdón de los pecados y la salvación de la vida dañada por los poderes de destrucción.

Cristo es la salvación divina de la vida. Esta afirmación significa la curación del enfermo, la aceptación del marginado, el perdón de los pecados y la salvación de la vida dañada por los poderes de destrucción. De esta manera los evangelios hablan de la venida de Jesús y, de acuerdo con los evangelios, esa debe ser también la naturaleza de la misión de los hombres y mujeres que viven en Su Espíritu.^[6]

[5] “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palpamos nuestras manos tocando al Verbo de vida —pues la vida fue manifestada y la hemos visto, y testificamos y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó—. (1 Juan 1, 1-2)

[6] “Y andad, predicad, diciendo: ‘El reino de los cielos se ha acercado’. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia”. (Mt 10, 7-8).

TERCERA AFIRMACIÓN

La diaconía ecuménica es una diaconía profética

¿Cuándo se dice que la diaconía es profética? La mayoría de los profetas del Antiguo Testamento hicieron difícil la vida a los demás, y en ocasiones, provocaron incluso el enfado de quienes les rodeaban. Lo que ellos decían raramente fue escuchado con placer por los poderosos, quienes de alguna forma pretendían tener el destino de la humanidad en sus manos. La función de los profetas fue levantar sus voces para denunciar los males y anunciar su visión del mundo y de los seres humanos, una visión que habían recibido de Dios.

Pero, ¿por qué llamamos a la diaconía “profética”? La profecía es, en verdad, distinta de la diaconía, pero la diaconía puede ser profética en cuanto es realizada en el nombre de Dios. Cuando Jesús sanó enfermos un sábado (*Sabbath*),^[7] estaba actuando proféticamente y en nombre de Dios. Estaba proclamando, por medio de su acción, que el ser humano es más importante que la ley. “Porque el Hijo del Hombre es señor del sábado” (Mateo 12, 8).

De esta manera, la diaconía, el servicio de Dios a nuestros semejantes, hombres y mujeres, tiene como objetivo la presencia concreta de Dios. La diaconía es la señal de Dios con y entre nosotros, Emanuel (Isaías 7, 14). Y esta señal nos es dada a través de la acción de Dios, allí donde la

[7] “Saliendo de allí, fue a la sinagoga de ellos. Y había allí uno que tenía seca una mano. Para poder acusar a Jesús le preguntaron: —¿Está permitido sanar en sábado? Él les dijo: —¿Qué hombre entre vosotros, si tiene una oveja y esta se le cae en un hoyo, en sábado, no le echa mano y la saca? Pero, ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, está permitido hacer el bien en sábado”. (Mateo 12, 9-12).

vida está amenazada. En medio de esa realidad, es necesario actuar con palabras y con hechos: ¡Basta! ¡Las cosas no pueden seguir así! Se requiere con urgencia una conversión de los valores. Tenemos que testificar con nuestras acciones de la misma manera en que lo hizo Jesucristo: “Hagan como yo hice”.

Una perspectiva de la diaconía ecuménica desde el Antiguo Testamento: Eliseo

Eliseo nunca está solo, siempre aparece acompañado por mucha gente, y en este sentido es muy diferente de su maestro Elías, a quien la soledad le permitía descubrir la presencia de Dios. (1 Reyes 19).

Eliseo siempre se encuentra rodeado de personas. En el ciclo de Eliseo se hace más evidente la existencia de la comunidad de los profetas y de sus discípulos: hombres, mujeres y niños, soldados y gente enferma, extranjeros y reyes. Mientras más gente, ¡mejor! Y precisamente esta pluralidad de individuos sociales es la materia prima con la que Eliseo construirá su profecía.

En este sentido, la profecía se organiza principalmente sobre la base de la experiencia y la lucha de las mujeres en su cercana y sustentadora relación con los niños, que son aquellos que más la necesitan. El movimiento profético —especialmente los ciclos de Elías y Eliseo— se levanta como un encuentro, una reunión y una organización de esas experiencias; y ello, a su vez, demanda la búsqueda y el desarrollo de nuevos procedimientos respecto de la vida cotidiana como un espacio político y teológico lleno de posibilidades y opciones... El ciclo de Eliseo revela su lucha contra la idolatría en el ámbito del hogar, es decir, en el trabajo doméstico que aparece en esa época como el escenario favorito para la acción de los mecanismos de opresión económica, y requiere el control y la idolatría de todas las relaciones domésticas.

Al compartir todas esas “historias milagrosas” se fortalece la fe de la gente que se siente estimulada a luchar por una vida mejor. La diaconía profética de Eliseo consistió en ayudar a su pueblo a transformar mediante *actos de fe* su propia realidad de opresión. Los hechos proféticos de Eliseo ocurren en el contexto de la vida cotidiana del pueblo, donde ese tipo de experiencias siguen siendo necesarias hoy.

Otra perspectiva de diaconía: Miqueas o la misericordia y la compasión

La afirmación de que existe unidad entre la ayuda directa y la acción profética que busca enfrentar las causas en sus raíces, también forma parte de un creciente consenso ecuménico. Rechazamos la falsa dicotomía entre *el servicio y la justicia*, y buscamos expresar una respuesta cristiana que asuma las inmediatas necesidades humanas de tal manera, que contribuya a los cambios estructurales necesarios para eliminar las razones del sufrimiento y de la calamidad de los seres humanos. Aquí, el poderoso testimonio de la tradición profética bíblica orienta nuestra comprensión de la diaconía.

Esto fue expresado con ejemplar vigor por el profeta Miqueas, el cual, llamando a Israel a la fidelidad a Dios, rechazó los sacrificios y los actos de adoración porque eran insuficientes para superar la opresión y la injusticia, y simplemente afirmó:

“Hombre, Él te ha declarado lo que es bueno, lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar la misericordia y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6, 8).

En este pasaje vemos la unidad de la justicia y del servicio misericordioso que puede ser interpretado como un servicio “compasivo”. Sin embargo, el término “misericordia” tiene que ser entendido adecuadamente, porque puede connotar cosas insuficientes e incluso peligrosas, tales como el “sentimiento de compasión” que acarrea el peligro de no venir acompañado de una práctica consecuente; las “obras de misericordia” que podamos realizar, con el posible abandono de un adecuado y minucioso examen de las *causas* que provocan el sufrimiento, y la asistencia a las necesidades individuales, que conlleva el riesgo de pasar por alto la *transformación de las estructuras*. Además, existe el peligro de incrementar la dependencia de las personas a través de las acciones misericordiosas.

En consecuencia, es mejor apoyarse en lo que Jon Sobrino ha sugerido: “el principio-misericordia”, que es el principio en el que se fundamentan las acciones de Dios y de Jesús, y en el cual deberían sustentarse también las de la Iglesia.^[8]

[8] “Por ‘Principio-misericordia’ entendemos ... un específico amor que está en el origen de un proceso, pero que además permanece presente y activo a lo largo de él, le otorga determinada

Las demandas éticas de la diaconía profética

Las demandas de la diaconía profética son de carácter ético. Se trata del cambio de la “vieja naturaleza” a una “nueva naturaleza”, como ocurre con la exigencia profética en Ezequiel 36, 26-28. Para que ello ocurra, nuestros “corazones de piedra” tienen que ser transformados en “corazones de carne”. La promesa de Dios viene de la mano con esta transformación.

“Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos y los pongáis por obra”. (Ezequiel 36, 26-27).

El mensaje profético —cuando rescata la historia o hace una nueva lectura de la ley— no busca ser una pieza de museo, sino iluminar y transformar el presente. Es un llamamiento a vivir de acuerdo con la voluntad de Dios. La vida en obediencia de fe trae consigo bendiciones y bienestar (*shalom*).

Sin embargo, considerando la misericordia y la compasión que debemos practicar en nuestras acciones diaconales proféticas, entendemos que se trata de mucho más que de cumplir un mandamiento o una orden. Porque cuando Jesús presenta al Samaritano como un ejemplo de alguien que cumplió el mandamiento de amar al prójimo, no hay nada en la parábola que indique que el Samaritano estaba cumpliendo una regulación. Él lo hizo motivado justamente por un sentido de misericordia.

Más aún, cuando en el Antiguo Testamento se proclama “el año agradable del Señor”, como en Isaías 61, 9 ss, no aparece, en el contexto de esa proclamación profética, referencia alguna a arreglos legales. En cambio, la salvación de Dios se anuncia en términos de “buenas nuevas a los oprimidos... libertad a los cautivos... liberación de los prisioneros”. Este pasaje representa el vínculo entre las tradiciones veterotestamentarias del Jubileo y el Nuevo Testamento. (Ver Lucas 4, 16-30).

dirección y configura los diversos elementos dentro del proceso. Ese ‘Principio-misericordia’ -creemos- es el principio fundamental de la actuación de Dios y de Jesús, y debe serlo de la Iglesia. Véase Jon Sobrino: “La Iglesia samaritana y el Principio-misericordia”, en [ReLat](http://www.uca.edu.ni/koinonia/relat) - www.uca.edu.ni/koinonia/relat.

Durante el año sabático, los campesinos debían dejar la tierra sin cultivar para posibilitar así un descanso completo no solo a la tierra, sino también a los sirvientes y a los animales. En ese año los esclavos eran liberados y las deudas canceladas. Todas esas medidas eran parte de la tradición del Jubileo. Es verdad, por otro lado, que el concepto de Jubileo va más allá del año sabático. En el año del Jubileo, todas las personas tenían la posibilidad de regresar a la tierra de sus padres. En el contexto de la reconstrucción de la comunidad después del retorno del exilio en Babilonia, el Jubileo fue un importante sustento para todas las familias y miembros de la comunidad.

Ahora bien, como se señala en Levítico 25, 8-9, el Jubileo debía ser anunciado con el sonido de la trompeta. Es el día de la penitencia. Día en el cual la comunidad judía pide la liberación de los pecados y la reconciliación con Dios y entre los miembros de la comunidad. En consecuencia, el mensaje del Jubileo es un mensaje de reconciliación.

La acción liberadora de la penitencia se prolongaba durante todo un año. Las prescripciones del Jubileo describen los elementos esenciales de la alianza del Pacto. Las injusticias, las exclusiones y la esclavitud, resultados de la distorsión de las estructuras sociales y económicas, debían ser sometidas a correcciones periódicas.

El objetivo del Jubileo era romper el ciclo de dominación y dependencia, mediante la proclamación de la reconciliación y la liberación, a la vez que imponer límites al ejercicio del poder. Aquellos que controlan los factores básicos de la vida económica –las tierras, la fuerza de trabajo y el capital– tenían que limitar su ejercicio del poder e incluso ceder ese poder, para restaurar la base y el espacio a fin de que los pobres y excluidos tuvieran acceso a una vida digna. Tenían que practicar la misma generosidad y justicia que Dios manifiesta en el acto de penitencia y reconciliación.

Jesús mismo resumió la interpretación del mensaje del Jubileo con estas palabras: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”. (Lucas 4, 20) En Jesús se cumple la promesa divina de la reconciliación como proclamación del Jubileo final del reinado de Dios. La vida y la muerte de Jesús son para nosotros un ejemplo de alguien que abandonó su poder y su condición de ser Dios para convertirse en un ser humano, y de esa manera abrir un espacio para la reconciliación en nuestra histo-

ria. Así, a la luz de Jesús, el Jubileo trae consigo un mensaje de alegría y de esperanza para todos y cada uno de los seres humanos.

Una perspectiva de diaconía profética hoy

La Iglesia de nuestros días está preocupada con un mundo que sufre, y se halla interesada en caminar lado a lado con ese mundo. Cuando nos acercamos al problema del sufrimiento, el mensaje profético más relevante que una teología de carácter trinitario y cristocéntrico puede aportar a la Iglesia, es el de que el camino de la cruz es inevitable. Incluso si ya en el presente experimentamos el poder de la resurrección en nuestras vidas por medio del Espíritu (Romanos 6, 4b), en su misión actual y en el contexto de sufrimiento en que vivimos hoy, la Iglesia no puede alcanzar la resurrección si es apartada en éxtasis del camino de la cruz.

La Iglesia no será capaz de encontrar el alivio para los demás sin tomar sobre sí misma la carga de su sufrimiento, a la manera de Jesús. Por esto, la diaconía profética tiene que desafiar a la comunidad de fe para que desarrolle estrategias contextuales concretas encaminadas a luchar contra las causas del sufrimiento individual, estructural y cósmico. En la búsqueda de ese objetivo, la Iglesia debe volver los ojos a todos los recursos interdisciplinarios ofrecidos por la diversidad de dones espirituales. De igual forma, la Iglesia debe tomar en consideración las dimensiones de consolación, prevención, curación y transformación del sufrimiento.

Robert J. Schreider nos recuerda que “cuando ofrecemos la copa en la eucaristía, estamos asumiendo compromisos muy serios. Aquellos que presiden la eucaristía y ofrecen la copa, presentándola a la congregación durante la oración eucarística y ofreciéndola a Dios en adoración, tienen que preguntarse: Cuando presentamos esta copa, ¿podemos presentarnos legítimamente como individuos que pueden en verdad resumir los sufrimientos del cuerpo vivo de Cristo hoy —la Iglesia— y ofrecérselos a Dios? Y cuando los ministros y creyentes ofrecen y reciben la copa en la comunión, diciendo “ésta es la sangre de Cristo” y afirmándolo con un amén, tienen asimismo que preguntarse: ¿Estamos listos para asumir los sufrimientos del cuerpo vivo de Cristo? ¿Tenemos el coraje de ofrecer esa copa de sufrimiento a otro, conociendo que seguir a Jesús nos traerá conflicto y adversidad? Levantar y recibir la copa es un compromiso a com-

partir en la solidaridad más profunda con las víctimas de este mundo, aquellos que sufren dolor, aquellos que esperan la redención”.

Hemos sido llamados a dar testimonio (*martyria*) del Cristo Resucitado de cara al mundo de la muerte. Dios afirma la vida. Dios no puede ser adorado con el sacrificio de vidas humanas. Para ponerlo en palabras más concisas, hemos despertado de un sueño de no-humanidad a una realidad de humanidad. Hemos aprendido a ver a Dios desde la perspectiva del mundo de las víctimas y hemos aprendido a ver ese mundo desde la perspectiva de Dios. Hemos aprendido a hacer de la misericordia una práctica cotidiana y a encontrar sentido y alegría en esa práctica.

Dado que hemos venido haciendo de la misericordia una realidad por medio de la diaconía profética, hemos aprendido que para vivir como seres humanos nada es más importante que la práctica de la misericordia hacia la gente crucificada, y nada es más humano y humanizador que la fe en el Dios de Jesús. Dado que hemos visto esa fe transformada en actos y realidades en numerosas acciones de solidaridad en muchos lugares, lo que hemos aprendido de nuevo es a decir “gracias”. En virtud de todo esto, la vida y la fe tienen un sentido muy profundo.

CUARTA AFIRMACIÓN

La diaconía ecuménica es transformadora y busca la justicia

“Yo hago nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5).

“Hombre, él te ha declarado lo que es bueno, lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar la misericordia y humillarte ante tu Dios” (Mq 6, 8).

“Quitó de los tronos a los poderosos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos envió vacíos” (Lc 1, 52-53).

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a predicar el año agradable del Señor” (Lc 4, 18-19).

“No os conforméis a este mundo, sino transformaos...” (Ro 12, 2).

En 1994, el Comité Central del Consejo Mundial de Iglesias aprobó un conjunto de directrices para la diaconía, entre ellas las siguientes:

La diaconía se suma al poder de los necesitados, capacitándolos para controlar lo que ocurre en sus vidas.

La diaconía responde a las necesidades inmediatas a la vez que analiza, resiste y transforma los sistemas que crean y agravan esas necesidades.

La poderosa afirmación de la unidad existente entre los actos de ayuda directa y la acción profética que aborda las causas, es parte de un creciente consenso teológico sobre la naturaleza de la diaconía. Así, la clave no consiste en reafirmar una vez más la necesidad de que la diaconía sea profética y tome en cuenta las estructuras, sino en rechazar la falsa dicotomía que se ha establecido entre el servicio y la justicia. La unidad entre el servicio y la búsqueda de la justicia se aprecia claramente en la vida y el ministerio de Jesús. Por su parte, el llamamiento profético de Miqueas incluye la exigencia a amar compasivamente.

Esta visión bíblica no nos llama a desestimar los actos directos de servicio y ayuda, sino a realizar nuestro servicio de tal manera que sea en sí mismo transformador y procure la justicia. Siguiendo a Jesús, buscamos una respuesta diaconal que tome en cuenta las necesidades humanas inmediatas de tal forma que contribuya a los cambios estructurales necesarios para eliminar las causas del sufrimiento y de la calamidad que soportan los seres humanos. De modo que no simplemente respondemos al cambio estructural o a las necesidades directas de las personas y las comunidades; respondemos a esas necesidades directas en forma tal, que las personas se empoderen para volverse ellas mismas agentes de cambio. Nuestra diaconía de servicio directo tiene que ser transformadora y dignificar a aquellos a quienes servimos. Nuestras acciones tienen que ser parte de un ciclo de empoderamiento que coloque a las personas y a las comunidades afectadas en el lugar central, para que actúen como sus propios defensores y como agentes de cambio de su propio desarrollo y servicio. Esto se aplica igualmente a las iniciativas locales que responden a necesidades humanas, a la ayuda de emergencia en tiempos de desastres, y a los complejos programas internacionales de desarrollo.

No se trata aquí simplemente del repetido llamado a “ayudar y hacer justicia”. Fieles al llamamiento que nos exige no conformarnos con los sistemas y valores de injusticia (Ro. 12, 1), procuramos rechazar cualquier ayuda directa que contribuya a crear dependencia o signifique una manera de ejercer el poder sobre los demás. Nuestra comprensión teológica de que todas las personas son hechas a imagen y semejanza de Dios, creadas con igual valor y dignidad, significa que nunca podemos tratar a las personas como objetos ni como meros clientes.

El servicio transformador tiene que encarnar actitudes de compañerismo y de igualdad, a la vez que ha de renunciar a la superioridad –especialmente a aquella que se disfraza falsamente de humildad– y al poder sobre los demás.

El *servicio transformador* tiene que encarnar actitudes de compañerismo y de igualdad, a la vez que ha de renunciar a aquella superioridad que se disfraza falsamente de humildad, y al poder sobre los demás. “En lugar de vuestra doble vergüenza y de vuestra deshonra, os alabarán en sus heredades; por lo cual en su tierra poseerá doble porción y tendrán perpetuo gozo”. (Isaías 61, 7).

Lo que vemos aquí es que la diaconía transformadora es una expresión de la autoentrega amorosa de Jesús (*kenosis*). Existe una unidad inquebrantable entre aquel Jesús que, en el famoso poema de Filipenses 2 “se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo... se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte”, y el Jesús que tomó el rollo del profeta Isaías en la sinagoga de Nazaret y leyó: “Me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres”. Ese mismo Jesús amó, sirvió, sanó y siempre transformó. La unidad entre la búsqueda de la justicia y el servicio en el ministerio de Jesús muestra que no solo tenemos que hacer ambas cosas, sino que tenemos que hacer cada una de manera tal, que se fortalezcan mutuamente.

Distribuir alimentos, ofrecer refugio, asistir a los prisioneros, consolar a las víctimas de la violencia son, en sí mismos, servicios transformadores que no abandonan a las personas o grupos como objetos de la mala fortuna. A través de los años ha habido multitud de debates sobre la ayuda directa. Cualquier acción que emprendemos tiene que considerar seriamente el contexto global y las realidades regionales y locales de una injusticia sistémica. Tenemos que rendir cuentas por las consecuencias sociales y políticas de nuestra diaconía. Lo que está en juego es muy importante. En todas partes, numerosas iglesias han tenido que luchar con opciones muy complejas. En Canadá, muchas iglesias han respondido a las necesidades de los pobres, de los hambrientos y los sin hogar, con programas como los “bancos de alimentos” y “albergues invernales”. Y, al mismo tiempo, esas iglesias están conscientes de que al suministrar alimento a familias que deben recibir ayuda estatal, contribuyen a que

el Estado soslaye su responsabilidad de enfrentar las causas de la pobreza. Cuando se ofrece un techo a la gente sin hogar no se enfrentan la falta de empleos, la pobreza y la falta de viviendas a costos accesibles que están en las raíces del problema. Aún más: esos mismos programas ayudan a sostener un sistema injusto y encubren el problema de la pobreza sistémica. Pero la enormidad y extensión de la pobreza y del resultante sufrimiento humano, alimentados por el racismo, el sexismo y la exclusión social, prueban claramente que el amor al prójimo y la asistencia a aquellos que son parte del cuerpo de Cristo —como Jesús nos recordó en Mateo 25—, requieren de la ayuda directa y se expresan en ella.

Una diaconía que busca la justicia nos conduce a la tensión permanente entre responder a las necesidades humanas de aquellos que sufren aquí y ahora, y hacerlo de tal forma que nuestra respuesta transforme y otorgue poder a estas mismas personas.

Una diaconía que busca la justicia nos conduce a la tensión permanente entre responder a las necesidades humanas de aquellos que sufren aquí y ahora, y hacerlo de tal forma que nuestra respuesta transforme y otorgue poder a estas mismas personas. Ello implica que no podemos ayudar en ninguna forma que, a su vez, opere en contra de la justicia. Esta perspectiva fue vigorosamente enfatizada en las recomendaciones emanadas de la consulta realizada en El Escorial, España, en 1987, que llamaron a un compromiso a “identificarse con los pobres y oprimidos y sus movimientos organizados, en las luchas por la justicia y la dignidad humana en la iglesia y en la sociedad. Esto, a su vez, implica el rechazo a participar, como dador o recipiente, en formas de compartir que debiliten esas luchas”. Lo esencial aquí es el llamado a identificarnos con aquellos que luchan por la justicia, no con los poderosos y los dominantes.

El ciclo de empoderamiento es parte de cualquier servicio verdadero cuando buscamos no solamente responder a las necesidades de aquellos que sufren, sino ser copartícipes en la misión de Dios para que todos y todas puedan vivir la vida en plenitud.

Encontramos en Hechos 3, 1-10, una eficaz y motivadora ilustración bíblica de la diaconía transformadora y el ciclo de empoderamiento: Pe-

dro y Juan ven a un hombre que está siendo cargado a las puertas del templo, donde pide limosnas. En lugar de una limosna, le ofrecen al hombre una sanidad más profunda, una sanidad que llena de regocijo y de poder a la comunidad. Pedro mira directamente al hombre, reconociéndole como un ser humano. Le pide que “se levante y camine”. La dádiva de la sanidad no priva al hombre de su condición de sujeto, de su especificidad. Pedro le ofrece su mano y el hombre “saltando, comienza a caminar”. Entra entonces en el templo con ellos, ahora capaz de participar en la vida y en la comunidad, no solo caminando, sino también “saltando y alabando a Dios”. Ha recibido el poder de una manera en la que ninguna limosna habría podido otorgárselo. Esta historia no sirve para hablarnos de una “fe sanadora”, sino para que veamos que nuestro servicio tiene que mirar siempre más allá de la acción directa hacia la transformación y el empoderamiento. También vemos cómo opera ese ciclo de empoderamiento en las historias de mujeres del Perú. Frente a la crisis económica y la quebrantadora pobreza, las comunidades se unieron y comenzaron las cocinas comunitarias para responder a la necesidad inmediata de alimentación para sus familias. Esos esfuerzos transformaron a los participantes en personas capaces de asumir el cuidado de sus vidas. Las mujeres “se levantaron” en una nueva forma de organización social que participa en las demandas de derechos humanos y de justicia social.

La Iglesia Sierva es transformada en sí misma por la diaconía que busca la justicia. Esta diaconía ofrece la ayuda directa, de tal manera que empodera y transforma a quienes sirve. Siguiendo a Jesús, combina la sanidad y el servicio con su atención a las raíces y causas de los sistemas y estructuras injustos, y a su transformación. Pero la diaconía ecuménica también transforma a aquel que sirve. Una gran multitud de congregaciones de clase media en América del Norte y en Europa, que ofrecieron ayuda a refugiados, encontraron que toda su vida cambió ‘gracias’ a la ayuda que pudieron brindar. Un simple acto samaritano de compasión (algunas veces motivado por la piedad y otras, incluso, por la culpabilidad) ha llevado a ofrecer santuario y a confrontar políticas y leyes injustas. El refugiado comparte las razones por las que se vio obligado u obligada a escapar de su país natal; la congregación aprecia por primera vez los efectos de la política exterior y económica de su propio país. Las causas profundas del sufrimiento que enfrenta su prójimo refugiado, a

quien buscaron asistir mediante la simple ayuda directa, dejan de ser algo invisible o distante.

La congregación se ve a sí misma de manera diferente, como parte de una familia global. Sus miembros, confrontados a discernir las consecuencias del papel que desempeñan, dejan de ser observadores inocentes, y la diaconía profética es el resultado concreto de esa transformación. Muchos hablan de la conversión y del fortalecimiento de su fe. A menudo, al comprender que reciben tanto como lo que dan, se sorprenden ante la dimensión espiritual de ese intercambio. Aquí se experimenta una relación mutuamente transformadora como la mencionada en Hebreos 13, 1-2: “Permanezca el amor fraternal. No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles”.

La diaconía transformadora es una calle de dos direcciones, por decir lo menos. Nuestro compromiso con esa diaconía nos sumerge en un mundo real y quebrantado y nos asegura que “no podemos conformarnos con ese mundo”, es decir, que no podemos aceptar el mundo de la injusticia y del desprecio por la vida del otro. La diaconía nos transforma mediante la renovación de nuestra mentalidad para ver las nuevas cosas que Dios está haciendo. Por medio de la acción y la educación, la Iglesia misma es transformada en una comunidad *serviente*.

La visión bíblico-teológica para una diaconía que busca la justicia llama a la solidaridad con los más pobres, los marginados, los excluidos y los oprimidos.

La visión bíblico-teológica para una diaconía que busca la justicia llama a la solidaridad con los más pobres, los marginados, los excluidos y los oprimidos. A través de la Biblia hay un poderoso y consistente testimonio de la opción de Dios a favor de los pobres, las viudas, los huérfanos, los agraviados (Isaías 1, 17). Esta solidaridad particular se enlaza con la visión profética de la justicia, y es parte de la visión jubilar anunciada por Jesús en Lucas 4, 16-19. La historia del juicio final en Mateo 25, 31 y siguientes pone bien en claro que nuestra fidelidad a Jesús está totalmente ligada con nuestra solidaridad hacia aquellos que padecen ham-

bre o sed, hacia los desnudos, los enfermos, los extranjeros y los prisioneros. ¡Qué puede ser más poderoso que la total identificación de Jesús con “mis hermanos y hermanas más pequeños!”

Desde una perspectiva bíblica y teológica, la diaconía ecuménica es parte de la misión de Dios y parte de esa “cosa nueva” que Dios está haciendo de cara a un mundo en el que la vida está en peligro. En tanto que manifestación de la autoentrega amorosa y sacrificial de Jesús, la diaconía ecuménica nunca puede ser menos que transformadora y procuradora de justicia. Para expresarlo con otras palabras: la diaconía que busca la justicia no es *una más* entre muchos tipos de diaconía de los cuales podemos escoger según nuestro gusto y situación particulares. Cualesquiera sean nuestras circunstancias, cualesquiera, las necesidades específicas que debemos atender y servir, para ser fieles a la misión de Dios nuestra diaconía tiene que buscar la justicia y la transformación. Esto se aplica tanto a la acción directa como a la diaconía profética. Es obvio que la diaconía que busca dirigirse a las raíces causales y al cambio estructural puede caer fácilmente en la trampa de hablar por otros, de tratar a los otros como objetos, de ser insensible a la cultura, al poder y al género. La visión de una diaconía que otorga poder y transforma es intrínseca a nuestra fe como discípulos de Jesucristo y miembros de su Iglesia.

Aquí apreciamos también el vínculo entre la misión y el servicio. El servicio, tal como se muestra en Mateo 25, es escatológico. El amor al prójimo no es simplemente aquello que hacemos mientras esperamos que Dios salve al mundo. La justicia es algo *esencial* en el mundo que Dios desea. El llamado a ser copartícipes con Dios en la *missio Dei* no es simplemente consecuencia de nuestra fe, sino intrínseco a ella. El imperativo bíblico de la justicia social y del amor al prójimo está en el núcleo teológico de esa *missio Dei*. La visión bíblica nos enseña que no conocemos a Dios, a menos que practiquemos la justicia. La afirmación de que conocer a Dios es hacer la justicia y que hacer la justicia es conocer a Dios, se encuentra de un extremo a otro de la Biblia hebrea. Jeremías 22, 15-16 lo señala con toda claridad: “¿No comió y bebió tu padre, y actuó conforme al derecho y la justicia, y le fue bien? El juzgó la causa del afligido y del necesitado, y le fue bien. ¿No es esto conocerme a mí?, dice Jehová”. El vínculo entre la práctica de la justicia y el derecho y el conocimiento de Dios es algo esencial para la visión bíblica. Lo mismo puede apreciarse en la primera carta de Juan, en el capítulo 4:

“Amados, amé­monos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor”. (1 Juan 4, 7-8).

En esta visión bíblica no hay división entre amor y justicia. Existe el imperativo de amar y servir a los demás y de buscar la justicia como parte inseparable de nuestra fe. Aquí radica aquello que es parte aún más fundamental de nuestra propia relación con Dios: practicar la justicia y el derecho, y defender la causa de los necesitados. “¿No es esto conocerme a mí?”, dice Jehová.

La visión bíblica revela a Dios como un Dios de justicia y de derecho. Nuestro Dios nos llama a unirnos en la misión que busca la justicia con especial cuidado por los pobres, los excluidos, los marginados y los oprimidos.

Aún más, solo por medio de la práctica de la justicia y del amor al prójimo conocemos verdaderamente a Dios.

La visión bíblica del derecho y la justicia es esencialmente una visión de justicia social. En la Biblia hebrea y también de manera muy clara en la visión de Jesús, la justicia tiene que ver con hacer justicia a los pobres y a los oprimidos. Las palabras justicia (*mispat*) y derecho (*sedakah*) van juntas y forman un mismo concepto. Si con frecuencia justicia y derecho se presentan como una idea única, otras veces se encuentran de manera paralela una y otra en la misma oración. Sea como una misma frase o en paralelo, *mispat* y *sedakah* aparecen 34 veces en la Biblia hebrea, y palabras derivadas de esas dos raíces aparecen apareadas otras 32 veces. Teológicamente, el punto importante que hemos de reconocer aquí es que el concepto de “derecho” es una dimensión de las relaciones humanas que Dios desea para nosotros. Así como el término “justicia”, el término “derecho” se relaciona directamente con la defensa de la causa de los pobres y de los que no tienen poder, y con la superación de la opresión.

En esta visión ecuménica, la diaconía incluye la participación en la lucha contra la opresión y por la liberación de todo yugo. La práctica de la justicia y el derecho incluyen la lucha contra las estructuras injustas y contra las fuerzas de dominación.

El testimonio de las iglesias al oponerse a las bases militares de Estados Unidos en las Filipinas, como el testimonio de aquellos que se sumaron a la lucha del pueblo de Vieques, Puerto Rico, para pedir el fin de la utilización de su isla como un área de prácticas militares están inspirados por esa visión de justicia y derecho. La lucha por el derecho a la tierra en muchos rincones del planeta es parte de la visión de Dios. La lucha por los derechos de la mujer y de la niñez está asimismo en el núcleo de ese mundo que Dios quiere recrear conjuntamente con nosotros.

La forja de la paz es una extensión de la búsqueda de la justicia: “El efecto de la justicia será la paz”. (Isaías 32, 17). A su vez, el Salmo 85 proclama elocuentemente la unidad entre la búsqueda de la justicia y la búsqueda de la paz, y muestra cómo ambas expresan la fidelidad y el amor de Dios: “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (Sal 85, 10).

La visión bíblica es radical y es fundamental para la vida en la fe. Más allá, incluso, del culto y de nuestra relación personal con Dios, somos llamados a la espiritualidad y a la práctica de la búsqueda por la justicia. “Pero corra el juicio como las aguas y la justicia como arroyo impetuoso”. (Amós 5, 24).

QUINTA AFIRMACIÓN

La diaconía ecuménica es inseparable de la koinonía

Diaconía y koinonía

El término griego koinonía se emplea como alternativa de “comunidad”. La diaconía y la koinonía son inseparables. Cuando destacamos las expresiones de las experiencias locales y regionales, y cuando interpretamos la situación ecuménica global en el nivel regional, ampliamos y profundizamos la comunidad y el compañerismo ecuménico.

Esta comunidad no es algo abstracto o estático, ni está limitada a los contactos oficiales entre cuerpos eclesiásticos institucionales y sus líderes o representantes. Es, por el contrario, una realidad relacional y dinámica que involucra a la totalidad de las iglesias como manifestaciones del pueblo de Dios. Esa comunidad no es un fin en sí misma: existe para servir como signo e instrumento de la visión y de la actividad de Dios en el mundo.

En este sentido, el Consejo Mundial de Iglesias puede ser descrito como una comunidad de iglesias misionera, diaconal y moral. El Consejo es la comunidad de iglesias en el camino hacia una plena y total koinonía. Tiene estructura y organización para poder servir como instrumento de las iglesias que procuran una koinonía en la fe, en la vida y en el testimonio. Pero el Consejo no se identifica con esa estructura, ni puede efectivamente servir a las iglesias fuera de la constante renovación de su propio compromiso y de su visión ecuménica.

Al establecer esta relación inseparable, aseguramos la integridad y la coherencia de un mismo movimiento ecuménico en todas las regiones,

movimiento que busca ser expresión visible de unidad en la diversidad confesional y cultural de las iglesias.

Como escribió el Dr Konrad Raiser en su libro *Desafíos y esperanzas para ser la Iglesia en un nuevo milenio*: “Parece urgente regresar a las formas básicas de conciliaridad mediante el fortalecimiento de la capacidad de reciprocidad, solidaridad, diálogo y resolución no-violenta de los conflictos, y el reforzamiento de los procesos del compartir. El concepto bíblico de *metanoia* –en el sentido de conversión o cambio de corazón– va en esta dirección. Una conversión de esa naturaleza no es un acto momentáneo de decisión moral, sino un proceso de aprendizaje y una nueva forma de vivir”.

Estamos llamados a desarrollar una *eclesiología kenótica* que ayude a las iglesias a reflexionar sobre su vida interna, su administración de los recursos, y la forma en que ejercen el poder.

Es oportuno señalar al respecto lo que destacó el documento de estudio de la 5ta Conferencia Mundial de Fe y Orden, celebrada en Santiago de Compostela en 1993:

“La Iglesia como Koinonía está llamada a compartir no solo el sufrimiento de todos: a defender la causa de los pobres, los necesitados, los marginados y estar a su servicio unida a todos los esfuerzos a favor de la justicia y la paz en todas y cada una de las sociedades humanas, practicando y promoviendo una administración responsable de la creación, manteniendo viva la esperanza en el corazón de la humanidad. La diaconía para la totalidad del mundo no puede ser separada de la koinonía”.

La diaconía como el compartir

Compartir no es algo opcional. Desde el punto de vista del Antiguo Testamento, la naturaleza del compartir es parte del modelo de la alianza. Allí encontramos la “comunidad del pacto”, mientras en el Nuevo Testamento el pueblo de Dios es el cuerpo de Cristo. Esas dos perspectivas se complementan mutuamente para arrojar luz sobre nuestra búsqueda de modelos pertinentes para una vida compartida en comunidad.

La Iglesia es esencialmente una comunidad que comparte. La Iglesia como diaconía está fundamentada en la participación de todos sus miembros en el cuerpo de Cristo, aquel que compartió su vida con nosotros, incluso hasta la muerte en la cruz (*kenosis*).

En este sentido, el compartir juntos durante la eucaristía el cuerpo y la sangre de Cristo, proviene del comer y beber como los paradigmas más poderosos de una vida compartida. Ello confiere una nueva identidad a la Iglesia, un nuevo pacto en un mismo cuerpo. El paradigma de la eucaristía aporta una relación entre el cuerpo y el pacto. En la eucaristía encontramos la afirmación del pacto y del cuerpo, que se juntan de forma dinámica; al mismo tiempo, en la eucaristía se conjugan la penitencia y la encarnación. Por medio de la eucaristía, la metáfora estática de “cuerpo” se hace orgánica: un nuevo pacto en un mismo cuerpo: “Porque el que come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propia condena. Por eso hay entre ustedes muchos débiles y enfermos, e incluso varios han muerto. (1 Co 11, 29-30. Si alguien no reconoce y discierne el cuerpo, resulta enfermo. “Cuerpo” aquí se refiere probablemente a la comunidad. Entonces, si uno no discierne la naturaleza de la comunidad (los enfermos, los pobres, etc.), uno está enfermo.

Consecuencias del no compartir (1 Co 11, 30)

En el diagnóstico de Pablo, la Iglesia de Corinto era una congregación enferma. Confrontada con las demandas de solidaridad inherentes a la Cena del Señor, esa iglesia había fallado.

Las referencias al juicio, enfermedades y muerte, indican cuán crítico consideraba Pablo lo que estaba ocurriendo en esta iglesia, donde los pobres se hallaban marginados. No se trataba meramente de una cuestión de buenos modales, sino del pecado por excelencia: el pecado del egoísmo. Al anunciar el juicio de Dios sobre el culto practicado por personas injustas, Pablo se viste con el ropaje profético de Isaías, Amós y Miqueas:

“Mi alma aborrece vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes; me son gravosas y cansado estoy de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de

sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos, dejad de hacer lo malo, buscad el derecho, socorred al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda”. (Isaías 1, 14-17).

Al juzgar y condenar el comportamiento de aquellos que marginan y humillan al pobre —como era el caso de los hermanos y hermanas de la iglesia de Corinto— Dios está particularmente preocupado con aquellos que están en la situación de mayor necesidad debido a razones sociales, políticas y económicas. Ello se ilustra con la clásica triada en el Antiguo Testamento: “viuda, huérfanos y extranjeros”. Dado que estas personas tienen tan limitada capacidad para defenderse a sí mismos, pueden fácilmente ser víctimas de la opresión por personas, grupos o instituciones que poseen mayor poder en la sociedad.

En la parte final que complementa la denuncia de Pablo a los corintios (11, 17-22), el apóstol se refiere una vez más a los problemas surgidos durante la celebración de la Cena del Señor. Para que la comunidad cristiana se convierta en realidad, los corintios ricos no podían continuar aquella práctica según la cual “cada uno se adelanta a tomar su propia cena” (11, 21), porque ello dejaba hambrientos a los necesitados (11, 22), es decir, a los que no tenían los recursos para preparar su propia cena. Pablo les propone algo simple: cuando se reúnan a comer, espérense los unos a los otros y una vez reunidos, compartan los alimentos.

En relación con la segunda advertencia respecto de la cena (11, 34a), Pablo se dirige a los mismos hermanos egoístas mencionadas antes (11, 21-22) para señalarles que si ellos tienen que satisfacer su hambre y no pueden hacerlo en forma fraternal, sin practicar la discriminación, es preferible que “coman en casa”. Lejos de ser ideal, la solución propuesta no pone fin al hambre de los pobres ni permite que el alimento —que algunos poseen en abundancia— sea compartido en el seno de la comunidad. Aunque Pablo se ha esforzado en crear una comunidad de iguales, duda de la capacidad de los hermanos y hermanas de Corinto para realizar este proyecto. Él sugiere, entonces, otra forma que evitará el juicio sobre ellos y que impedirá, al mismo tiempo, que los pobres sean víctimas del egoísmo de sus hermanos y hermanas. La ulterior evolución de la Igle-

sia cristiana confirma esta separación entre la Cena del Señor y las cenas fraternales.

En razón del carácter radical de la misión de Jesús en el mundo, cualquier trabajo pastoral realizado para adelantar este proyecto no puede contentarse con la armonización superficial de las relaciones; por el contrario, tiene que ir a las raíces de la dominación y la explotación practi­cada por algunas personas y sectores, sobre otras.

En su poema “La Cena del Señor”, un joven pastor Quiché expresa el significado de esta conmemoración para su pueblo, un pueblo que ha tes­timoniado cinco siglos de opresión y muerte:

La Cena del Señor

Somos un pueblo de definiciones claras
Y luchamos por la igualdad,
Igualdad en todos los sentidos
Mientras fomentamos la vida comunitaria.
Cuando todos estemos unidos,
Ven y únete a nosotros, oh Señor
Ven y comparte nuestra mesa
Ven a sentir nuestras penas.
La tortilla que compartimos hoy
Así como nuestro típico plato de maíz
Se ofrecen por el cruel martirio que tú sufriste,
Y también por tu victoria en la cruz.
Esto no es historia muerta o pasada,
No es tampoco doctrina o tradición:
Es tu muerte devuelta al presente
Y también tu resurrección.
Esta cena nos compromete a todos
A vivir siempre en comunión
Compartiendo día tras día
Tu muerte y tu resurrección.

Diaconía y kenosis

La autoentrega amorosa de Dios en Cristo, o el acto de amor de despojarse a sí mismo realizado por Cristo es llamado *kenosis*.^[9] La *kenosis*, en términos del himno cristológico de Filipenses 2, 6-8, es, en principio, el modelo para la diaconía ecuménica. Esa experiencia kenótica es el renacer de la iglesia como una iglesia viva, una iglesia samaritana que escucha a “los otros” y entra en diálogo con ellos cuando les sirve; y lo hace no “desde fuera” de su situación, sino del interior mismo de sus luchas, sufrimientos y esperanzas, en nombre del proyecto de vida de Dios para toda la creación.

Como afirmamos en El Escorial, la iglesia como *koinonía* está llamada a ser ejemplo viviente de una comunidad efectiva del compartir, prefigurando así el compañerismo en el reinado de Dios.

Es importante reconocer y hacer nuestra la “visión eucarística” de Vancouver (1983). Esa visión une “nuestras dos más profundas preocupaciones ecuménicas: la unidad de las iglesias y la sanación y destino de la comunidad humana. La unidad de la iglesia es vital para la salud de la Iglesia y el futuro de la familia humana... Cristo, la vida del mundo, une cielo y tierra, Dios y el mundo, lo espiritual y lo secular. Su cuerpo y su sangre, dados por nosotros en los elementos del pan y el vino, integran la liturgia y la diaconía, la proclamación y los actos de sanidad... Nuestra visión eucarística, por tanto, abarca el conjunto de la realidad cristiana de adoración, vida y testimonio”.

[9] Véase, en este estudio, la sección: *La Diaconía Ecuménica es un llamado a participar en la misión de Dios*; también: *La diaconía ecuménica como el amor al prójimo*.

SEXTA AFIRMACIÓN

**La diaconía ecuménica es una diaconía global
y es para todas las personas y el conjunto de la creación**

La diaconía ecuménica requiere, en cambio, también del cuidado de toda la *oikoumene*, el conjunto de la tierra habitada...

Una diaconía que busca la justicia incluye la justicia ecológica.

Somos llamados a servir en nuestro contexto local. El llamamiento a amar y servir a nuestro prójimo indica claramente que el “otro” está cerca, al alcance de la mano.

La diaconía ecuménica requiere, en cambio, también del cuidado de toda la *oikoumene*, el conjunto de la tierra habitada. El testimonio de los pueblos indígenas de todo el planeta, y en particular el de los pueblos del Pacífico, nos recuerda que la Tierra misma, el mar, la tierra y todas sus criaturas son parte de un mundo que estamos llamados a amar y servir. Los pueblos del Pacífico hablan de *fenua*, *whenua*, *enua*, *vanua*, un mismo concepto pronunciado de forma diferente en sus distintos idiomas, que significa que la tierra es la identidad, la vida y el alma de las personas. La tierra consiste en la gente, los recursos, las culturas, las creencias, la espiritualidad, los idiomas, los sistemas sociales y el mar. Esta es una perspectiva holística y ecológica de la “comunidad terrenal”, de la *oikoumene*. Esta visión nos recuerda la visión bíblica de administración responsable, lo que significa que estamos llamados a cuidar de toda la creación. Una diaconía que busca la justicia incluye la justicia ecológica.

Hemos recibido el testimonio de los pueblos indígenas del mundo sobre la sacralidad de la Tierra y acerca de la inseparable conexión entre la vida de la humanidad y la vida de la Tierra. Frente a la cultura dominante y los sistemas económicos que explotan y destruyen el medio ambiente, la cosmovisión y la espiritualidad de los pueblos indígenas nos llaman a vivir respetando la integridad de la creación y a honrar la teología bíblica de la vida, en la cual la Tierra misma es parte de la comunidad incluida en la visión divina del *shalom*.

La diaconía ecuménica, entendida a la luz de nuestra lectura de los signos de los tiempos, tiene que hacerse extensiva a los prójimos globales. Tenemos responsabilidades, tanto en el ámbito local o regional, como en el mundial. Estamos enlazados con todas las naciones de la tierra en virtud de las realidades de colonialismo y globalización. La visión bíblica extiende el cuidado de Dios a todas las naciones de la tierra. Aquí, una vez más, la imagen paulina del cuerpo nos recuerda la unidad e interconexión del conjunto. El amor de Cristo se ofrece a la totalidad del mundo, para que todos puedan tener vida en abundancia. No hay exclusión ni paredes divisorias de hostilidad, todos y todas son bienvenidos.

La visión bíblica de una diaconía y una koinonía transformadoras se fundamenta en la visión de una comunidad inclusiva e incluyente donde hay espacio para todos, donde mujeres y hombres, niños y niñas participen y donde no hay exclusión por causa de raza, clase, casta, habilidad, edad, orientación sexual o cualquier otra condición. Este llamamiento a una comunidad *inclusiva* encuentra clara expresión en las directrices emanadas de la consulta en El Escorial que enfatizaron un compromiso explícito para asegurar la plena participación de las mujeres y los jóvenes en todos los aspectos de la diakonía ecuménica y del compartir de los recursos. En el documento bíblico teológico que acompañó esas directrices se afirma:

“Reconociendo que todos los hijos de Dios están hechos a su imagen y semejanza, lo que apreciamos en Génesis 1, 26 como una imagen plural, reconocemos que no hay judío ni griego, esclavo o libre, hombre o mujer, sino que todos estamos llamados a ser uno en Cristo (Gal. 3, 28)... El llamado a la koinonía nos exige reexaminar... las concepciones teológicas que imposibilitan que la mujer y

otros grupos compartan la vida de Cristo en toda su plenitud, y en todos los aspectos de la vida eclesial y comunitaria”.^[10]

En el contexto de la *Década ecuménica de las iglesias en solidaridad con las mujeres en la iglesia y en la sociedad* (1988-1998), hubo una profundización en la comprensión de los temas relacionados con las mujeres y la diaconía. Las afirmaciones bíblicas y teológicas expresadas antes se apoyan en el Informe Sheffield de 1983 —con su profunda y profética visión de una comunidad inclusiva— y en otros lineamientos y recomendaciones sobre temas de género articulados por la Unidad IV para el trabajo diaconal del Consejo Mundial de Iglesias.

La unidad de programa sobre el compartir y el servicio del Consejo Mundial de Iglesias publicó, en 1998, el texto *¿Límites para la compasión? Una exploración sobre mujeres, género y diaconía*. En la conclusión de ese documento, las autoras observaron que “todavía resulta que las mujeres se sienten en gran medida marginadas en razón de su género, y ello también de manera particular en el trabajo diaconal...” Las autoras pidieron cambios estructurales: que aquellos que detentan el poder cedan parte de ese poder y, a la vez, abogaron por “un cambio de mentes y corazones para asegurar que las mujeres no sean marginadas, sino que sean reconocidas como plenas participantes en la misión de Dios”.^[11]

Hemos visto la destructiva fragmentación de la globalización económica. Frente a la competencia y la división que produce el mercado global, el Evangelio de la vida nos llama a forjar el cuerpo y superar la fragmentación, la exclusión y el desprecio por la vida del otro, por intermedio del amor y de la solidaridad humana. La solidaridad es un valor bíblico clave que se fundamenta en el amor y en el valor intrínseco de la vida.

[10] *Sharing Life: official report of the WCC World Consultation on Koinonia, sharing life in a world community*. Huibert van Beek (Ed), WCC Publications, Geneva, 1989, p. 42.

[11] *No Boundaries to Compassion? An exploration of women, gender and diakonia*, de Myra Blyth y Wendy S. Robins, WCC Publications, Geneva 1998, p. 82.

Al construir una alianza por la vida frente a las fuerzas que provocan destrucción y muerte, afirmamos que la diaconía ecuménica se extiende más allá de la Iglesia.

Al construir una alianza por la vida frente a las fuerzas que provocan destrucción y muerte, afirmamos que la diaconía ecuménica se extiende más allá de la Iglesia. Ya hemos visto claramente que hemos sido llamados a servir a nuestros prójimos y que la diaconía no es exclusivamente el servicio a otras iglesias o a otros cristianos. La visión bíblica nos empuja más lejos, para buscar y establecer alianzas con todas aquellas personas que buscan el bienestar de la *oikoumene* y que procuran la justicia y resisten el mal.

De cara a la creciente violencia entre las religiones y al decisivo papel desempeñado por las religiones en un mundo sumamente polarizado, nuestra fe nos desafía —en aras del bienestar del conjunto de la *oikoumene*— a incluir el diálogo como parte de la diaconía y a aventurarnos en la creación de nuevas formas de diaconía macroecuménica o interreligiosa.

La imagen misma del Buen Samaritano utilizada por Jesús para hablar del amor al prójimo nos exige ver que el servicio interreligioso es parte de la visión bíblica. Hay muchas y muy convincentes historias de diaconía ecuménica con los musulmanes, hindúes, budistas, judíos y otras religiones. Con frecuencia, la diaconía ecuménica es ejercida con movimientos de base sociales, con sindicatos y otras fuerzas en alianzas creativas para la defensa de la vida y el servicio a la *oikoumene*.

La diaconía es global, en tanto está llamada a responder a una realidad de injusticia globalizada.

La visión bíblica que se fundamenta en la *missio Dei* nos lleva a afirmar que la diaconía es global, en tanto está llamada a responder a una realidad de injusticia globalizada. Es global porque llama al conjunto de la comunidad ecuménica a unirse en una acción diaconal mundial como

parte de un mismo cuerpo. Esta visión incluye la totalidad del mundo habitado, es decir, el respeto y el amor por toda la creación. La diaconía es el servicio *con todos y para todos*. Se trata de realizar la visión de que Dios ama al conjunto del mundo y de que todos los pueblos del mundo son el pueblo de Dios. La urgencia de la situación nos llama a constituir alianzas con todos aquellos que buscan la justicia, la paz y la integridad de la creación.

La diaconía ecuménica es, a la vez, macroecuménica y macrodiaconal, ya que se nos llama a establecer alianzas sociales y con personas de otras religiones, para enfrentar las amenazas globales contra la vida.

“El ladrón no viene sino para hurtar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”. (Juan 10, 10)

SÉPTIMA AFIRMACIÓN

La diaconía ecuménica es esencialmente sanación, reconciliación y reconstrucción

La reconciliación y la igualdad son esenciales para la visión eucarística del compartir. El ministerio de la reconciliación resulta de la reconciliación de Dios con la humanidad, cuando la enemistad es reemplazada por relaciones justas. En un contexto de relaciones deshechas y alienadas, el ministerio de la reconciliación es parte del servicio y de la solidaridad. Los elementos esenciales de la reconciliación son la verdad, la justicia, el perdón y el arrepentimiento.

El quebrantamiento y la desintegración de nuestro mundo exigen una visión de la Iglesia como comunidad sanadora, de tal manera que la diaconía se convierta en una fuerza sanadora en la sociedad. El ministerio de Jesús se centró en la curación de personas y comunidades, pero más allá del hecho inmediato, Jesús trabajó para sanar al enfermo y restaurar las relaciones justas entre las personas. En Hechos 3, vemos que Pedro, en lugar de darle una limosna al cojo que mendigaba, le ofrece una sanidad más profunda que capacita al individuo para reintegrarse a la comunidad. Nuestro marco de referencia bíblico teológico incluye los aspectos reconstructores de la diaconía.

En caso de desastres, de pérdidas y devastación, nuestro deber es acompañar a las comunidades y las naciones en sus esfuerzos para reconstruir, no solo sus viviendas y comunidades, sino también sus vidas. “Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de generación en generación levantarás, y serás llamado ‘reparador de portillos’, ‘restaurador de viviendas en ruinas’”. (Isaías 58, 12).

El profeta Ezequiel (Ezequiel 37, 1-4) vivió la experiencia de un Dios que transforma y cambia el desierto en tierra fértil, y la desesperanza en esperanza. El Espíritu lleva al profeta a una planicie donde solo había huesos secos sin enterrar. Los huesos secos simbolizaban a Israel, un pueblo en el exilio que había perdido su tierra, su templo y su historia. En términos de la vida humana, era un pueblo casi sin futuro, reducido a huesos, y a huesos *muy secos*.

La restauración del pueblo tiene dos etapas:

- Inicialmente, el mandato al profeta fue: profetiza sobre estos huesos y diles: “¡Huesos secos, oíd la palabra de Jehová!”. (Versículos 4-8) Sin embargo, esta restauración fue solo parcial, no hubo cuerpos completos porque no había vida en ellos.
- Entonces, Dios le pide a Ezequiel que los llene con el Espíritu de Vida, y cuando el Espíritu los toca, los huesos recuperan la vida plena. (Versículos 9, 10). Se trata, no solo de la resurrección de las personas como individuos, sino de la del conjunto de la comunidad.

El Espíritu da vida a la comunidad, cambiándola en una comunidad transformada.

La visión del profeta es transformadora; dicha transformación no solo afecta la forma, sino también el carácter y la sustancia.

En el informe de la Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias en Vancouver (1983) podemos encontrar la visión eucarística y la reflexión Ortodoxa sobre la diaconía:

“La diaconía es ‘la liturgia después de la liturgia’. En tanto que ministerio eclesial del compartir de la sanidad y la reconciliación, la diaconía es parte de la naturaleza misma de la Iglesia. Demanda de los individuos y de las iglesias una dádiva que no proviene de lo que ellos tienen, sino de lo que son. La diaconía tiene que desafiar permanentemente las estructuras de la Iglesia congeladas, estáticas y centradas en sí mismas, y transformarlas en instrumentos vivos para el ministerio del compartir y la sanidad de la Iglesia.

“La diaconía no puede permanecer confinada en el marco institucional. Debe trascender las estructuras y las fronteras establecidas de la iglesia institucional y convertirse en la acción sanadora y del compartir del Espíritu Santo por medio de la comunidad del pueblo de Dios, en el mundo y para él.

“Es fundamental el desarrollo de una ‘diaconía de la oración’ para contribuir a los esfuerzos locales, regionales y mundiales a favor de la restauración de la dignidad humana y de servicio a la humanidad”.^[12]

La Iglesia Unida de Canadá ha tenido una maravillosa idea para el uso de los medios masivos en el desarrollo de la ‘diaconía de la oración’. Cuando existe una situación de desastre natural o cualquier otra contingencia que destruye la creación de Dios por la acción de actos injustos de violencia (guerra, exclusión económica), la Iglesia Unida utiliza su página Web en la Internet para invitar a las iglesias y amigos, hombres y mujeres, a orar por las víctimas. Esta oración produce una transformación en aquellos que conocen los hechos. De esta manera, las víctimas son humanizadas y se convierten en miembros de una familia cristiana que se encuentra seriamente preocupada por su situación. Claro que todo esto lleva a prácticas pastorales que producen, a su vez, otras acciones concretas de solidaridad, sustentadas siempre en oraciones diarias y constantes.

Esta práctica ecuménica de la oración nos lleva a dar testimonio del reinado de Dios al “conjunto de la tierra habitada”, y nos incita a preocuparnos por mantener la unidad del Espíritu en una acción poderosa, encaminada a que “el mundo crea” que “Jesús fue enviado por el Padre”.

[12] “Una perspectiva ortodoxa de la diaconía”, Chania, Creta, noviembre 20-25, 1978.

OCTAVA AFIRMACIÓN

La diaconía ecuménica tiene que ver con la construcción de relaciones justas, con el compartir y la mutualidad

La diaconía ecuménica ocurre en medio de un mundo de injusticia, exclusión, violencia y muerte. Los valores que prevalecen en ese mundo son contrarios al compartir y a la solidaridad. En este contexto de injusticia económica globalizada y dominación política de una minoría sobre las grandes mayorías, existe, asimismo, un pavoroso desequilibrio de poder. Tanto la riqueza material como el poder político están concentrados en un pequeño porcentaje de la población mundial. En este contexto de injusta acumulación de la riqueza y del poder, las iglesias están llamadas a una diaconía del compartir ecuménico. Tenemos que reconocer y enfrentar la distribución desigual del poder —también la desigualdad que está presente en el seno de la familia ecuménica— y reafirmar que la diaconía ecuménica exige una lucha permanente por una distribución justa y equitativa de los recursos.

Teniendo como antecedente la poderosa declaración de la Consulta de Lárnaca respecto de una diaconía profética y transformadora, la reunión en El Escorial de 1987 articuló una serie de lineamientos específicos y concretos para “una disciplina común en el compartir de todo el pueblo de Dios”.

Esos lineamientos, apoyados en una visión bíblica radical del compartir, representaron nada menos que “un sistema de valores fundamentalmente nuevo, basado en la justicia, la paz y la integridad de la creación”. Desde un punto de vista teológico, las directrices emanadas de El Escorial constituyen un compromiso hacia una comunidad del compartir eu-

carístico que anuncia por medio de sus acciones la venida del reinado de Dios. Esa visión se erige contra los valores dominantes de una sociedad impulsada por el mercado. No es posible subestimar la importancia ética y teológica de El Escorial. En aquella consulta, la visión bíblica de una vida compartida fundamentada en la justicia se tradujo en compromisos concretos que enfrentaron los desafíos reales de la desigualdad del poder, a la vez que mostraron el camino que ha de seguirse para llegar a una comunidad de relaciones justas.

El Escorial desafió a las iglesias y a las agencias ecuménicas, al plantear la posibilidad de encarnar nuestro compromiso de una diaconía profética en un modelo alternativo de relaciones internacionales basado en el compañerismo y la reciprocidad, modelo que dignificaría y otorgaría poder a todos aquellos involucrados en el compartir. Esta visión se encuentra alimentada por la comprensión del Dios creador y de su propio compartir de la vida con la humanidad, en el marco del autodespojamiento amoroso de Jesús y de la nueva vida dada por el Espíritu Santo.^[13]

Los lineamientos de El Escorial sugirieron una forma para estructurar o poner en práctica la visión bíblica de relaciones justas. En ellos, la visión se enlaza con la koinonía, la diaconía y la búsqueda de la justicia. Nuestra solidaridad tiene que tomar en cuenta las *estructuras injustas* en las que vivimos, y *la lucha para transformarlas*. En el marco de las relaciones Norte-Sur, se trata de superar la dependencia y el desequilibrio de poder, propios de la tradicional relación entre *donante* y *recipiente* de recursos.

Este desplazamiento radical en la construcción de relaciones justas se fundamenta en buena medida en el concepto bíblico del compartir. Para citar “Una disciplina común del compartir ecuménico”:

“La Biblia habla del compartir en muchos lugares y en diferentes formas, por ejemplo en la alimentación de las multitudes (Jn 6, 1-14), la iglesia primitiva (Hch 2, 43-47), la ofrenda para Jerusalén (2 Co 8 y 9), Elizabeth y Maria compartiendo su alegría espiritual (Lc 1, 39-56). En el año del Jubileo (Lv 25) y en la visión de una nueva

[13] Véase Robra, Martin: “Theological and Biblical Reflections on Diakonia: A Survey of Discussion within the World Council of Churches”, *The Ecumenical Review*, Vol. 46, 1994.

tierra (Is 65, 17-25), el compartir es una manifestación de la justicia; su propósito es eliminar las causas de la pobreza y las de la explotación. *El pacto* (Lv 26, 9-13) y *el cuerpo* (1 Co 12, 12-26) son metáforas del concepto bíblico de koinonía.

“Quizás el paradigma bíblico más poderoso del compartir es la eucaristía. En el compartir del pan y el vino celebramos la comunión con aquel que murió por nosotros y fue elevado, para que podamos compartir su vida por medio del Espíritu Santo y recibamos la vida en abundancia. Por intermedio de esta comunión compartida con Cristo, entramos en comunión los unos con los otros. Esto constituye la comunidad cristiana, la koinonía. Ser una comunidad del compartir es parte de la esencia misma de la iglesia”.

El compartir, tal como se revela en la eucaristía, es nuestro modelo de la comunidad que comparte. Desde una perspectiva teológica esta afirmación es aún más profunda: “Aún más, en la celebración (eucarística) reconocemos que los recursos de la creación tienen el propósito de ser dones de la gracia divina para que todos los reciban y los compartan”. 14[14] El compartir eucarístico se derrama sobre todo el mundo.

Otro hallazgo teológico importante tiene que ver con el tema de la pertenencia. Con la Biblia afirmamos, de manera inequívoca, que todos los recursos pertenecen a Dios: “De Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan”. (Sal 24, 1).

Esta afirmación teológica es coherente con nuestro análisis social y económico. La acumulación de la riqueza en manos de unos pocos en un sistema económico injusto significa que compartir los recursos es hacer justicia. Este tema está muy presente en las enseñanzas de los Padres de la Iglesia. San Juan Crisóstomo se refirió a la riqueza en estos términos: “No digas: ‘Estoy gastando lo que es mío; estoy disfrutando lo que me pertenece. En realidad, esto no es tuyo, sino de otro’”. Jerónimo hizo alusión a Lucas 16, 9 y escribió: “Él correctamente dijo ‘dinero de injusticia’, porque todas las riquezas provienen de la injusticia”. San Ambrosio dijo:

[14] *Sharing Life: official report of the WCC World Consultation...* p. 42.

“Tu no estás dándole una dádiva de tus posesiones a la persona pobre. Tu le estás entregando lo que le pertenece”.^[15]

Los recursos de la creación son de naturaleza humana, cultural, espiritual y material. El compartir ecuménico promueve una verdadera reciprocidad, al afirmar que todos tenemos algo para dar así como todos requerimos de algo que recibir.

Otra importante afirmación bíblica y teológica saca el meollo del compartir del ámbito único de los recursos materiales y financieros. Los recursos de la creación son de naturaleza humana, cultural, espiritual y material. El compartir ecuménico promueve una verdadera reciprocidad al afirmar que todos tenemos algo para dar, así como todos requerimos de algo que recibir. Los dones espirituales, culturales y humanos son tan valiosos y esenciales como los materiales. Un componente esencial de este compartir ecuménico es el de los ricos testimonios de las regiones que ofrecen tradiciones del compartir de sus propias culturas, y brindan así una alternativa a la cultura dominante.

En todas partes del mundo, las comunidades tradicionales han preservado costumbres y prácticas del compartir que pueden enriquecer nuestra comprensión de la diaconía. Jovili Meo, en un estudio bíblico preparado para la “Conferencia de la Isla de la Esperanza”, compartió tres poderosos ejemplos para el diálogo y el compartir, provenientes de las culturas del Pacífico: *Maneaba*, de las islas Kiribati; *Fale tele*, de las islas Samoa; y la *estera desplegada*, de los Tonga. El primero, *maneaba*, es una casa central y abierta en la aldea que sirve como lugar de reunión para toda la comunidad, incluidos los ancianos que toman las decisiones. Es el centro para compartir los alimentos, cuidar a las personas y entretener a los aldeanos y visitantes, se ha convertido también en el centro de culto de la aldea. Es una mesa en la cual cada persona es a la vez “huésped y anfitrión”. Un lugar para el servicio y el compartir recíprocos. El segundo ejemplo es el *fale tele* o “Casa Grande” de los Samoa. Es una construcción redonda, sin paredes, centro de la comunidad que simboliza uni-

[15] Miranda, Porfirio: *Marx y La Biblia*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1972, p. 14, ss.

dad, apertura para todos y todas. En ella se reúnen para conversar sobre el bienestar de la gente. Es también el lugar reservado para el culto y el entretenimiento, y para compartir una cena común. Una de sus funciones más importantes es la de congregar a personas que tienen diferencias entre sí, a fin de propiciar su reconciliación. El tercer ejemplo es la *estera desplegada*, de los Tonga. El líder de la comunidad despliega la estera para preparar las reuniones importantes. Dicha estera se extiende para discutir problemas cruciales y para posibilitar el diálogo que conduce a la reconciliación: una vez desplegada, todos tienen derecho a hablar. La estera simboliza la unidad, el compartir y la reconciliación.

Estos tres ejemplos nos desafían a hacer nuestros el poderoso testimonio y los aportes de contextos culturales que pueden contribuir para que profundicemos en nuestra comprensión del servicio y del compartir, en un mundo que desprecia estos valores.

La visión de El Escorial es un llamado con raíces bíblicas, a ser una comunidad eucarística del compartir, a forjar relaciones justas basadas en el compañerismo, el poder compartido, la participación, el empoderamiento y la rendición de cuentas. La visión teológica de El Escorial sigue siendo una rica fuente de inspiración para nuestro entendimiento de la diaconía ecuménica. El compartir en solidaridad requiere la construcción de relaciones justas y el enfrentar las desigualdades de poder y de acceso a los recursos materiales, ¡de manera que la vida pueda ser verdaderamente compartida!

NOVENA AFIRMACIÓN

Hemos sido llamados a unirnos en la misión de Dios en una diaconía compasiva, reconciliadora, transformadora, profética y que busca la justicia.

Esta última afirmación es, de hecho, un resumen y una conclusión. Con ella cerramos el círculo de un rico tapiz, tejido con los hilos de la lectura de los signos de los tiempos; hemos escuchado las voces de las regiones del mundo y cosechado los frutos de una larga tradición de reflexión teológica ecuménica. Esta novena afirmación presenta una visión más que un consenso. Busca aportar un marco de referencia bíblico y teológico para la desafiante tarea de responder fielmente en tiempos de desesperanza. Hemos visto cómo la diaconía misma brota de la esperanza y, a su vez, genera esperanza en una vida abundante.

No podemos comprender o practicar la diaconía separada de la justicia y la paz. El servicio no puede separarse del testimonio profético, ni del ministerio de la reconciliación. La misión tiene que incluir una diaconía transformadora.

Una verdadera diaconía, que siga al pie de la letra el ejemplo de Cristo y esté enraizada en la eucaristía, implica sumergirse de lleno en el sufrimiento y el quebrantamiento del mundo. Dentro de cinco o diez años, el marco de referencia será, seguramente, diferente. Ese marco escuchará y reconocerá los signos de los tiempos desde la misma fe en el Dios de

la vida, pero tendrá que incorporar los nuevos aprendizajes y las nuevas voces y, por supuesto, responderá a un contexto distinto.

Esta última afirmación es demasiado larga para convertirla en una consigna o en una frase que capture nuestra atención. De igual manera, resulta demasiado compleja para ser simbolizada por una imagen. En verdad, esa complejidad es necesaria. Nuestro contexto nos ha obligado a superar las falsas dicotomías del pasado. No podemos comprender o practicar la diaconía separada de la justicia y de la paz. El servicio no puede separarse del testimonio profético ni del ministerio de la reconciliación. La misión tiene que incluir una diaconía transformadora.

Enfrentados a un mundo que ha caído en manos de ladrones y que clama por su liberación y redención, volvemos nuestros ojos al Jesús que amó, sirvió, sanó, desafió y transformó. Denunció la injusticia y anunció las buenas nuevas del reinado de Dios: vida abundante para todos. Una vez más, escuchamos el llamado a seguirle, unidos en la misión de Dios:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a predicar el año agradable del Señor”. (Lucas 4, 16-19).

Esta edición de *Diaconía Ecuménica*
se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de enero de 2007
Imprenta Tecnoprint, Domingo Espinar 2579 y Munive
Quito-Ecuador

Se utilizó tipografía Congress y se imprimieron 1000 ejemplares

La diaconía y la koinonía son inseparables. Tanto la forja de relaciones regionales como el posibilitar el compartir ecuménico, contribuyen a ampliar y profundizar el compañerismo ecuménico, al resaltar la expresión de la experiencia de la iglesia local y regional en el seno de la familia ecuménica, y al interpretar la situación ecuménica mundial en el nivel regional. Así se busca asegurar la integridad y la coherencia de un mismo movimiento ecuménico en todas las regiones, como una expresión de la unidad visible y de la diversidad cultural y confesional de las iglesias.

